historias de honra
y vingança

MISTERIOS

DE HONRA Y VENGANZA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original

DE

D. Gregorio Romero Larrañaga.

MADRID, 1845.
IMPRENTA DE OMAÑA.

PERSONAS.	ACTORES.
ELVIRA	D.ª Matilde Diez.
MARIA.	D.ª Teodora Lamadrid.
ALONSO CANO.	D. Julian Romea .
D. JUAN (*bajo el nombre de Veneto*)	D. Pedro Sobrado.
D. GONZALO	D. Lázaro Perez.
CARCELERO	D. Manuel García.
UN QUINTERO.	D. Ignacio Silvostri.
UN PRESO	D. Lorenzo París.
INQUISIDOR	D. Lorenzo Uzelay.
UN RELIJIOSO	D. Juan Fernandez.
UN VERDUGO	D. Joaquin Lledó.
GARCÉS	D. Joaquin Sanchez.
UN FAMILIAR	D. Domingo Martinez.
OTRO PRESO	D. Carlos Hornero.

Dos criados que no hablan. Inquisidores, guardias y presos.

LA ACCION PASA EN SEVILLA.

ACTO PRIMERO.

Estudio de Alonso Cano. Entre otras una estátua de una virjen: útiles de pintor y de estatuario. Al fondo una ventana. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA *y* VENETO.

Veneto. Como una estrella en el cielo
nos enamora la vista,
asi seduce al artista
un peregrino modelo.
Y aquí, no estraño admirar
tantos prodijios, por Dios,
porque siempre vendreis vos
su noble jénio á inspirar.
Elvira. Muy pocas veces.
Veneto. Sin duda
cuando ánjeles pintar quiere?
Elvira. No, que para eso prefiere
estátuas de espresion muda.
Veneto. Y no advertis la razon?
Elvira. No en verdad.
Veneto Yo os la diré,
que algo de artes estudié
aunque por mera aficion.
Cuando es en un marmol frio
en lo que el jenio se exalta,
suple el calor que le falta
el ardiente desvarío;

717328

de modo que el alma, lejos
de agoviar la inspiracion,
destella de la ilusion
solo los vivos reflejos.
Mas si el modelo precioso
es una ardiente mujer,
se evapora entre el placer
la idea del busto hermoso.
Y si en ánjeles pensaba,
ya solo pensará en ella,
porque es su imájen mas bella
que las diosas que él soñaba.
Y una vez el corazon
rendido á lo terrenal
se olvida de lo inmortal,
del arte y la creacion.
De modo que es imposible
labre un rostro soberano
y celestial una mano
que tiembla de amor sensible.
Ay! en la luz que derraman
vuestros ojos.....

Elvira. (*Haciendo que no le escucha y acercándose á la puerta que conduce á los cuartos interiores.*)
Distraido
sin duda que echó en olvido
mi esposo ya que le llaman.

Veneto. (*ap*) Muda de conversacion.
Alto pues, no vamos mal:
me oye que es lo principal.
(*á ella.*) Perdonad mi indiscrecion.

Elvira. Dejemos eso.

Veneto. En verdad,
que puedo volver despues;
pues no tengo otro interés
en esta importunidad....

Elvira. Nada de eso, caballero.

Veneto. Que ver si podré llevarme
la estátua para acordarme
de remitir el dinero.

Elvira. La efijie está concluida;
enviad cuando gusteis.

Veneto. Señora, os persuadireis
que no he gastado en mi vida
escudos con mas placer,
ni en mejor prenda empleados?
Contornos tan acabados
jamás me hartaré de ver!
A todo el talento alcanza!

Elvira. Sí, es hermosa!
Veneto. Y para mí
lo es mas, porque imita en sí
la virjen de la esperanza!
Y jamás esas bellezas
os dieron celos?
Elvira. Jamás.
Veneto. (*ap.*) Yo fio que los tendrás.
Elvira. Pues no fuera una rareza!
Veneto. Si esos ojos dieran lumbre,
si esa risa murmurára,
si ese pecho vacilára
de amor ó de pesadumbre,
fuera terrible rival!
(*Acercándose á reconocer la estátua.*)
Elvira. Cierto que si lo seria!
Mas os juro no estaría
en mi casa.
Veneto. Y si ideal
no fuese? Es esto imposible?
Ese labio está temblando,
sus muertos ojos mirando!
Elvira. Sí; que mirar tan sensible!
Veneto. Vamos, tengo la aprension
de que el jénio no es bastante,
si no hay imájen delante
á dar la viva espresion
del momento á la figura.
Como de modelo vos
no sirvierais...!
Elvira. No por Dios!
Veneto. Es celestial hermosura!
Cano. (*desde dentro.*) Enviad por él mañana.
Elvira. (*ap.*) Mas por qué la he de temer?
Viviría esa mujer!
Mi sospecha siempre es vana:
no se desprendiera de ella
á tenerla voluntad!
Ay! (*á Veneto*) El viene: perdonad. (*Se va.*)
Veneto. (*solo*) Ya dió lumbre la centella!
Veneto, ese hombre á tu padre
(*Mirando ácia adentro.*)
mancilló en su honra y fortuna:
y ese fué á quien en tu cuna
te hizo maldecir tu madre!
En las prendas que mas ama,
en su esposa y en su honor,
ha de apagar tu rencor
de tantos años la llama!

ESCENA SEGUNDA.

VENETO *y* ALONSO CANO.

Cano. Qué teniais que mandarme?
Veneto. Siento que acaso importuno.....
Cano. Basta: yo os hice esperar,
y ya veis no me disculpo.
Veneto. (*ap.*) Que franqueza tan de sobra,
y que natural tan brusco!
(*á él.*) Saber queria si luego
podré enviar con algunos
de mis criados por esta
santa imájen.
Cano. (*con pesar.*) Luego!... Al punto.
Veneto. Antes del anochecer?
Cano. Ahora mismo. Dificulto
sino poder desprenderme
de ese ánjel hermoso y puro,
que parte del corazon
en ella os vendo!
Elvira. Qué escucho!
(*Desde la puerta de la izquierda.*)
Veneto. Los jénios sus grandes obras
adoran como hijos suyos.
Cano. Escusad; no tengo espacio (*con impaciencia*)
para tan largos discursos.
Enviad pronto á buscarla.
Veneto. Y el dinero.
Cano. A vuestro gusto.
Veneto. Y el precio? pues de él no hablamos.
Cano. Traed doscientos escudos.
Veneto. Doscientos escudos!
Cano. Sí!
Veneto. Cierto me parece mucho.
Cano. Sois del arte?
Veneto. No.
Cano. Debierais,
por no ser necio, ser mudo
entonces.
Veneto. (*ap.*) Sufre, honor mio,
que yo otra venganza busco.
(*á Cano.*) Lo digo, porque no creo
que un majistrado, á lo sumo,
con facultad que es mas noble,
gane tanto al año.

Cano. Insulto
haceis al arte, señor,
que otro mas noble ninguno!
Togados los saca el Rey
aun de la escoria del vulgo:
hombres como Alonso Cano
Dios los hace y es el único.
Veneto. No quise en ello ofenderos.
Mas cuántos dias de estudio
os costó el labrarla?
Cano. Veinte.
Veneto.. En poco tiempo buen lucro!
Cano. Para hacerla en ese tiempo
de insomnio y de afan profundo
veinte años largos gasté
de mi vida los mas puros!
Y mas no hablemos, pues tengo
el jenio pronto y adusto.....
y de las armas no ignoro
el empleo.... y demos punto.

(*Se oyen gritos lejanos. Alonso se asoma al balcon.*)

Veneto. Sí, sí. (*ap.*) Cómo le advirtiera....?
Cano. Ah! de esa jente el murmullo....
Veneto. Será el motin que prosiga.
(*ap.*) Gracias á Dios, que al discurso
favoreció en sus temores
el acaso.
Cano. Estáis seguro
que está el pueblo en conmocion?
Veneto. Al llegar aquí, y no ha mucho,
la casa de Herrera *el viejo*
numerosísimos grupos
cercaban, gritando fieros,
entre blasfemias é insultos,
«Muera el monedero falso.»
Cano. (*ap.*) Infeliz! Mi amigo el único!
(*á Veneto.*) Miente esa canalla vil
que acata el poder y el lujo,
y el injenio y la miseria
persigue! Miente ese vulgo
rastrero, que besa el pie
de su insolente verdugo,
y al que humilde le respeta
escarnece con orgullo!
Digna hazaña de esos tígres,
hollar un viejo caduco
y temblar cuando á sus hierros
se lanza un pecho robusto!
Veneto. Teneis razon. (*ap.*) Apuremos

su sufrimiento. (*á él*) El insulto
alcanzará á su familia.

Cano. (*con delirio.*) A ella!

Veneto. (*repitiéndolo con ironía*) A ella.

Cano. (*afectando tranquilidad.*) No: no es mucho
que se desbande esa turba
de asesinos, si el abuso
toleran los majistrados:
y, en vez de servir de escudo
á la ley, entre sus plantas
destrozan su solio augusto,
sobre ella del desenfreno
alzando el ídolo inmundo!

Veneto. (*ap.*) Bien preparado está el hierro;
antes que abrase me escuso.
Adios.

Cano. Adios. (*Distraido.*)

Veneto. (*Desde la puerta, ap.*) Ea pues,
dentro de pocos segundos
saldrá; despues, (si lo alcanza,
que muy dificil lo juzgo)
traerá la niña: y despues...
Bien mi venganza aseguro.
Vijilemos, y los lances
nos irán trazando el rumbo.

(*Se va Veneto. Alonso Cano se dispone para salir, cuando entra su mujer.*)

ESCENA TERCERA.

ALONSO CANO *y* ELVIRA.

Elvira. Ya he visto que solo estais,
y he venido á hablar con vos.
Pero, qué es esto? Os marchais?
Yo os busco y vos me dejais!
Qué diferencia en los dos!

Cano. No lleneis ya de amargura
vuestro acento y de ironía!
Es cierto, salir queria.

Elvira. A qué?

Cano. De su desventura
á un hombre salvar podria;
á un amigo, á un pobre anciano,
á quien el pueblo atropella!

Elvira. Con justicia?

Cano. No; villano

jamás quien alza la mano
lleva ya justicia en ella.
En buen hora que su garra
estienda el lobo cerbero
al cazador que le amarra;
pero es cruel si desgarra
al indefenso cordero.
Tú tienes buen corazon,
yo lo sé bien por el mio,
y la dulce inclinacion,
y la amorosa pasion
comprendes, y el desvarío
de dos hombres que se amaron
desde el punto en que nacieron,
y que leales guardaron
lazos, que no respetaron
otros hombres que quisieron!
Ah, si: bastante te digo;
él es el único amigo
que he guardado en mi dolor,
para repartir mi amor
con su amistad y contigo!

Elvira. Alonso, señor, no quiero
que mi cariño divida
ni ese amigo verdadero:
yo te le doy todo entero,
y con él toda mi vida! (*Elvira se apoya en una silla.*)

Cano. Mas, qué tienes?

Elvira. Ah!

Cano. Qué es eso?
Brillan tus ojos cual llamas.
Tu mano abrasa!
(*Alonso Cano la da un beso en la mano.*)

Elvira. Confieso
que sufro mucho. Tu beso!
(*con frenesí.*) Dime, Alonso, dime, me amas?

Cano. Como á la luz de la aurora!

Elvira. Pues, quédate!

Cano. (*ap.*) Qué he de hacer!
(*á ella.*) Abusas de que te adora
el alma.

Elvira. Sí.

Cano. No, en mal hora;
no, que infame no he de ser
á la amistad!

Elvira. (*con despecho.*) Y mi amor?

Cano. Reprime tu violento
carácter.

Elvira. (*con ira.*) Mi amor, señor!

Cano. (*ap.*) Que Dios les dé su favor.
Elvira. Siéntate.
Cano. (*con resignacion.*) Bien; ya me siento.
Elvira. Te acuerdas en otros dias
de dichosas alegrías,
como con tierno desvelo
buscaba tu amor consuelo
para mis melancolías!
Te acuerdas cuan dulcemente
aquellas horas volaban
cuando tu frente en mi frente,
tu seno en mi seno ardiente
estrechados descansaban!
Por qué se huyeron, señor?
por qué de tanta alegría
nos vino tanto dolor?
Por qué ya renace el dia,
y no alumbra nuestro amor!
Cano. No le alumbra? Mira, mira
si está la lumbre eclipsada
de mis ojos! Dime, Elvira,
que mi voz cuando suspira
no es de un alma apasionada!
Crees que pueda mentir
cuando late un corazon
como tú sientes latir
el mio; y que una pasion
asi se pueda finjir?
Elvira. No profano hasta ese estremo
tu amor, pero se ha cambiado!
Cano. Nunca, Elvira.
Elvira. Yo lo temo!
Cano. Nota el fuego en que me quemo
cuando me siento á tu lado.
Elvira. Me negarás que hace dias
que estrañas melancolías
te han hecho olvidar de mí?
Cano. (*ap.*) Es verdad; desde que oí
contra Herrera!... (*á ella.*) Lo sentías?
Elvira. Pregúntales á las flores
si no sienten que el rocío
las rehuse sus frescores,
ó al ancho mundo sombrío
no ver del sol los colores,
y aun no podrás concebir
mi tormento y mi amargura!
Cano. Siento que llegue á influir
en tu dicha y tu ventura
aun mi interno discurrir!

Artísticos desvaríos
dieron causa á mis desvíos:
pero tu hermosa ilusion
vive en mi fiel corazon
entre los consuelos mios!
Serena, Elvira, tu afan.

Elvira. De mis dudas los temores
ya disipándose van.

Cano. Cálmate al fin, mis amores.

Elvira. Tus hechos me calmarán.
Díme, esa estatua

Cano. (*sorprendido.*) Cuál?

Elvira. Esa.
(*ap.*) No hay duda, advierto mudanza....
(*á él.*) No sé por que, y me interesa,
y que la merques me pesa.
La virjen de la Esperanza
debiera siempre ampararnos
en nuestro hogar.

Cano. Antes no;
de aqui la destierro yo:
la esperanza qué ha de darnos
si la dicha nos sobró!

Elvira, Si nos mengua la fortuna!

Cano. Nuestro amor la vencerá.

Elvira. Y es ideal, ó de alguna
mujer traslado?

Cano. Ninguna
tuve presente. (*ap.*) Quizá
alcancen tambien sus celos!
Ah!... si adivinase, cielos.

Elvira. (*ap.*) Turbado está. (*á él*) Con que dí:
querrás hacerlo por mí?

Cano. No es posible.

Elvira. (*ap.*) Mis recelos
confirma. (*á el*) Me has de dejar
esa virjen milagrosa
á quien me he de encomendar!

Cano. Labraré otra mas hermosa
por tu imájen singular.

Elvira. Esa quiero.

Cano. Ya empeñé
mi palabra.

Elvira. Y bien, quebralla.
Tambien me juraste fe.

Cano. Quién será? tu padre... (*acercandose á la puerta.*)

Elvira. Y qué?
Si mi fé quebraste....

Cano. Calla!

ESCENA CUARTA.

Dichos y DON GONZALO.

D. Gonz. Alonso, amigo.
Cano. Señor!
D. Gonz. Hija mia! Dios te guarde.
Cano. (*á D. Gonz.*) Tomad asiento (*ap. á Elv.*) y tú, Elvira,
no des á tu anciano padre
las sospechas de un pesar,
pues sabes el daño que hacen!
(*á D. Gonz.*) Vos, tan fuerte?
D. Gonz. No: hoy me encuentro
rendido, trémulo y frájil;
es verdad que he presenciado
una escena repugnante
que ha conmovido mis nervios.
Cano. Qué fué?
D. Gonz. Decirlo no es fácil.
Las oleadas del pueblo,
sus gritos pidiendo sangre!...
Aun me estremezco!
Cano. (*ap.*) Infelices!
D. Gonz. En un viejo no os estrañe
ver tanta debilidad
cuando á otro anciano se abate.
Pienso abrasarán la casa.
Cano. Adios.
D. Gonz. Os vais?
Cano. Fuimos antes
de un mismo estudio pintores,
ambos á un tiempo galanes,
y en nuestras fiestas amigos,
y hermanos en nuestros males;
en sus horas de amargura
quereis que le desampare!
Elvira. Alonso, miradlo bien.
Cano. Quereis que innoble le falte?
Elvira. No ireis!
Cano. Y vos amariais
á un amigo tan infame?
D. Gonz. Ya que vuestro pundonor
os empeña en ir al lance,
armaos, y con prudencia
obrad; pues chuzos y sables
en manos del populacho

relumbran por todas partes,
y si os ven su valedor....

Cano. Llevo por defensa este anjel!
(*Sacando un relicario y besándole.*)

D. Gonz. Guardaos por vuestra esposa.

Elvira. No le aconsejeis: dejadle.
Qué importa que llore yo
al esposo que me maten!

Cano. Yo respetaré mis dias
por tí, y por vos. Adios! Tarde
es quizá!

Elvira. Detente.

Cano. Adios! (*Sale precipitadamente.*)

Elvira. Pérfido!

D. Gonz. Elvira! hija!

Elvira. Padre! (*Lanzándose en sus brazos.*)

ESCENA QUINTA.

DON GONZALO *y* ELVIRA.

Elvira. Huye, ingrato: tu crímen horroroso
ya se descubre al pensamiento mio.

D. Gonz. Qué dices, hija?

Elvira. Que perdí mi esposo!
que sufro mucho, y que vengarme ansío!

D. Gonz. Modera tu arrebato. Injustamente
puedes juzgar de su conducta, Elvira.
Sobre mi corazon duerma tu frente,
entre mis brazos sin afan respira.
Tú debes padecer; tu sien mancilla
la nube del pesar: tu llanto abrasa;
pálida está tu cándida mejilla,
lanza tu voz respiracion escasa!
Qué te ajita? anjel mio. De tu padre
fia tú la esperanza y el consuelo;
yo te lo ruego por aquella madre
que te bendijo al remontarse al cielo.

Elvira. Y no lo descubrís? Otros dolores
ocasionan tan bárbaro martirio?
Celos son!

D. Gonz. Tú! De quién? Alonso amores?
Siendo su esposa Elvira! Es un delirio!

Elvira. Ojalá!

D. Gonz. Mas qué causa?

Elvira. Bajo el techo
donde respira la inocente esposa

tiene, y no lejos de mi santo lecho.
la imajen de otro amor escandalosa.
Y en esa Virjen consagró su idea!

D. Gonz. Profanacion! Es imposible, Elvira.

Elvira. Yo tambien lo dudaba!

D. Gonz. Acaso sea
vana ilusion.

Elvira. El mal nunca es mentira!
Quizá á sus ojos, ahora, en este instante
infiel la jura su constancia eterna.
Quizá sobre su pecho palpitante
la estrecha por salvar la virjen tierna!
Venganza! y será horrible! Entre otros brazos
tambien....

D. Gonz. Calla, infeliz!

Elvira. Hombre perjuro!

D. Gonz. El corazon arráncame á pedazos
antes que escuche ese tu voto impuro!
Tu gran paciencia humillará al ingrato.

Elvira. Y vos mi padre sois? Vos! En mal hora!
Su infamia defendeis?

D. Gonz. No; tu recato.
Tambien se venga el que sufriendo llora!
La infamia y el oprobio y la vergüenza
jamás, jamás satisfarán tu encono:
es vengarte de tí! Tu amor le venza,
tu respeto, tu duelo y tu abandono.

Elvira. Vos sois hombre tambien... en vuestro seno
brota el jérmen de egoismo.

D. Gonz. Cómo, Elvira!

Elvira. De impiedad, de desprecio....

D. Gonz. Qué veneno
da á tu sangre calor? Satan te inspira.
No soy del crímen defensor. Mis canas
no autorizan el vicio ni la afrenta!
El cielo te abandona hoy que profanas
la sien de un pobre viejo macilenta!

Elvira. (*Arrodillándose delante de su padre que se sienta en un sitial, cubriéndose el rostro con el pañuelo para ocultar su llanto.*)
Avergonzadme, oh padre, avergonzadme,
os falté! Mas, mi mente se estravia:
compadecedme, sí, y abandonadme!
Maldita soy del cielo!

D. Gonz. (*Con interés, levantándola.*) No, hija mia.
Bendita, sí: porque el Señor se apiada
del que borra su crímen con el llanto:
y María de Dios inmaculada
te cubrirá con su amoroso manto.

Alienta tú, consuelo de mis ojos.
Elvira. Yo besaré por tierra vuestra planta. (*Oyen pisadas.*)
D. Gonz. Quién será?... Cálmate! Tus labios rojos
sonrian á mi amor; tu sien levanta! (*Acariciándola.*)
Yo velaré por tí; si es delicuente,
la máscara á su infamia arrancaremos;
la razon ó la ley pondrán su frente
donde con nuestros pies la humillaremos!

ESCENA SESTA.

Dichos y VENETO.

Veneto. Aprovechemos el tiempo.
(*Entrando por la puerta de la derecha.*)
(*ap.*) Su padre con ella! Malo:
si su esperiencia la guia
mi empeño en perderla es vano.
(*á Elvira,*) Buenas tardes! Ya de vuelta
me teneis. (*á D. Gonz.*) Besoos la mano.
Quedé en venir por la estátua
y en traer estos ducados.
Elvira. No está mi esposo.
Veneto. No importa.
Me holgaré en tomar descanso
un momento; que he salido
de aquel tropel por milagro.
D. Gonz. Venís de allí?
Elvira. Le habeis visto?
Veneto. A quién?
Elvira. A él: á Alonso Cano!
Hablad!
D. Gonz. Sí; compadecedla.
Veneto. No es el lance para tanto.
Le ví atravesar por medio
del infernal populacho
hasta la casa. (*ap. á Elvira*) Una dama
tras de una verja llorando
le guiaba.
D. Gonz. Y bien?
Elvira. No entró?
D. Gonz. No habia de estar cerrado
el portal?
Veneto. Tenia él llave.
Elvira. Alonso?
Veneto. Sí. (*ap. á ella.*) Y hasta el cuarto
debió subir de la dama,

pues cerró su reja.

Elvira. Ah!

D. Gonz. Acaso
el pueblo entonces, furioso
abalanzándose.....

Veneto. En vano.
El solo bastó á impedir
que adelantáran un paso;
y volvió á cerrar la puerta
dejándoles asombrados.

Elvira. (*ap. á Veneto.*) Y qué mas? en vuestros ojos
leo yo aun mas.

D. Gonz. Cielo santo,
su misma tumba buscó!

Veneto. Resuelto al fin, temerario,
por otra calle escusada
donde el tropel no era tanto
salió!

D. Gonz. Qué imprudencia!

Elvira. Oh! Dios!

Veneto. (*ap. á ella.*) Y con su dama en los brazos.

Elvira. Ay! (*Se siente desfallecida.*)

D. Gonz. Qué tienes, hija mia?

Elvira. Muy débil!

D. Gonz. (*á Veneto.*) Piedad de entrambos.

Veneto. Salió bien.... Cuatro escuderos
valerosos y un anciano,
todos con sendos broqueles
y espadas.....

D. Gonz. Qué valor!

Veneto. Rayos
mas bien, por medio del pueblo
se fueron abriendo campo.

Elvira. Se libertaron!

D. Gonz. Sí, Elvira!

Veneto. En un próximo santuario
tomó asilo el viejo Herrera;
pues ya eran muertos sus cuatro
servidores, y su sangre
manchaba del templo el atrio.
Alonso solo, aunque el hierro
en su diestra ya quebrado
cubria del tierno amigo
la cabeza con su manto!

D. Gonz. Heróica accion!

Veneto. Aplaudian
los unos con entusiasmo,
y los otros con blasfemias
poblaban el ancho espacio.

El fin del suceso ignoro.
(*ap. á Elvira*) Tan cerca de mí pasaron,
que no dudo que la jóven
es la imájen que en el marmol
en virjen de la Esperanza
su buríl ha consagrado.

D. Gonz. Hija, adios, que no me escuso
con la pension de los años
de ser sensible, y de ser
en mis acciones hidalgo!
Mañana, acaso persiga
á quien hoy piadoso amparo:
que entonces ya es criminal;
y ahora solo es desdichado!

Elvira. Vos?

D. Gonz. Sí; es tu esposo; y aun de hijo
el nombre le dí. Ten ánimo!

Elvira. Vuestra vida, vuestro amor!

D. Gonz. Te le volverán mis brazos! (*Se va.*)

ESCENA SETIMA.

VENETO *y* ELVIRA; *al fin* ALONSO CANO.

Elvira. La voz se niega á mis quejas,
y entre duelo y sobresaltos
sé que de dolores muero
sin acertar á esplicarlos.

Veneto. Elvira!

Elvira. Mas, quién sois vos
que como un arcanjel malo
ponzoña y hiel derramais
de vuestros impuros lábios?

Veneto. Soy quien dolido de veros.....

Elvira. Qué buscais, si yo no os llamo?
Huid de aquí! Vos turbasteis
de mis sueños el descanso.
Vos, las primeras sospechas
en mi pecho atormentado
hicisteis brotar. Dejadme
con mi ilusion y mi engaño!
No quiero yo esa verdad
que me martiriza tanto!

Veneto. Eso el pérfido ambiciona.

Elvira. Es mi esposo: respetadlo!

Veneto. (*ap.*) Yo humillaré su soberbia.

(*á ella.*) Dadle alas; mañana ingrato
traerá la diosa en persona
en vez del ídolo vano.

Elvira. Hombre infernal!

Veneto. Vuestro amigo.

Elvira. Y me matais?

Veneto. Por ser franco;
porque os quiero.... y....

Elvira. Callad, digo.

Veneto. Y no os busco con halagos.
Pero me irrita que ese hombre
haga de vos tal escarnio.
Tambien la venganza es noble;
tambien hay orgullo, y santo,
en la mujer que quebranta
las cadenas de un tirano.
La virtud clama un castigo.

Elvira. Decis?

Veneto. Que debeis vengaros!
Y si mi amor, si mis bienes
luego alcanzân con mi mano
á.....

Elvira. Un divorcio! Huid, huid,
hijo del crímen, villano,
y ruin hombre.

Veneto. Yo! (*ap.*) Paciencia.
Leonor, por vengarte callo.
(*á ella.*) Señora.

Elvira. Dejadme.

Veneto. Os dejo;
y escuso vuestro arrebato.
Mas ya, ni recuerdos quiero
de vuestra casa. Quedaos
con la efijie, y yo.... mas no,
tambien con esos ducados;
que no han de decir por mí
que se ha deshecho el contrato.

Elvira. Id; tomad esos dineros,
(*Le arroja el bolsillo con desprecio.*)
y aprended á respetarnos.

Veneto. Asi se mengua el pesar
del sensible Alonso Cano;
que en esa imájen juraba
vender de su alma pedazos!

Elvira. Por compasion, no me hableis!
(*Con delirio.*) No, no la quiero á mi lado.

Veneto. Confiadla vuestras penas (*Con ironía y sarcasmo.*)
pueda en vuestros sobresaltos
la virjen de su esperanza....

Elvira. Suya! jamás.
(*Acercándose á la efijie y mirándola con atencion.*)
Veneto. Consolaros.
Tomadla por valedora.
De una virjen el regazo
es dulce lecho en que encuentran
luengos males, sueño blando;
pero olvidad que esa virjen
es de su dama el retrato!
Elvira. Y siempre aquí!
Veneto. Y sonriendo
cuando vos esteis llorando!
Elvira. Jamás, jamás.
(*Elvira con un mazo que hay próximo la da un golpe y rompe la estátua.*)
Veneto. (*ap.*) Le ha perdido.
Elvira. Ay de mí!.... Sí... me he vengado.
(*Se oye ruido en la puerta de entrada.*)
Veneto. Quién? él es. Ya no hay remedio...
(*Se dispone á salir.*)
Elvira. Qué infeliz nací!
Veneto. El hallarnos
es preciso.
(*Cano entra, y al ver un hombre se detiene, y recata á una tapada que le sigue.*)
Elvira. Observaremos
si la ha visto.
Cano. (*desde la puerta, ap.*) El! Siento... (*á Ven.*) Hidalgo!
Olvidad que en mi aposento
visteis ni aun sombra de un manto.
Lo ois?
Veneto. Y os digo que bien.
Cano. Con mi sangre os lo demando.
Y pasad volviendo el rostro
(*Le hace pasar de espaldas; Elvira está oculta entre las estátuas. Veneto se vá echandole una mirada significativa de venganza.*)
por junto de ella; que aguardo,
que en obsequio del empeño
lo innoble escuseis del caso.
Elvira. (*ap.*) Una mujer!
Veneto. (*á Cano.*) Yo os lo fio.
(*ap.*) Un momento no perdamos.

ESCENA OCTAVA.

ALONSO CANO, MARIA *y* ELVIRA.

(*Cano hace entrar á Maria silenciosamente, cierra las puertas, y acude á su lado con interés. Maria se descubre. Elvira durante toda esta escena procurará adelantarse á escuchar, sin separarse de la estátua que la oculta.*)

Cano. Serena tus ojos;
seguro encontramos!
Maria. Que libres estamos!
Gran Dios de Israel!
Cano. Descansa en mis brazos
un solo momento.
Elvira. Ay! (*ap.*)
María. Ois?
Cano. El viento.
Maria. Si vuelve el tropel!
Elvira. Oh rabia! (*ap.*)
Cano. Desecha
tus vanos temores,
mis dulces amores
disfruten en paz,
despues del martirio
de verte perdida,
la dicha cumplida
de hallar tu beldad!
Maria. Señor, cuanto os debo.
Elvira. Saldré á confundirlos?
El ansia de oirlos
detiene mis pies!
Maria. Me aterra el murmullo
del aura: imajino
armas de asesino
las sombras que ves!
Mas no: estoy tranquila, (*Fingiendo serenidad.*)
porque es doloroso
que tú tu reposo
le pierdas por mí!
Ya solo, por darte
la paz que deseas,
mis tristes ideas
de espanto perdí.
Me ves reposada,
sereno respira.

Elvira. Parece mentira
tan negra traicion!
Cano. Lo estoy, niña hermosa:
Mas juro que siento,
aunque es un momento,
tenerte en prision;
y es fuerza por ahora;
si Elvira supiese
que un ser existiese....
Maria. Me perdonará.
Cano. Jamás! la conozco!
Elvira. Dice bien!
Cano. Sería
la desdicha mia,
la tuya quizá!
Ven pues, y mañana
partirás.
Maria. Bien, sea:
pero que te vea
siempre!
Cano. Siempre, sí.
Adios, anjel mio.
Maria. Lo eres de mi guarda.
Cano. Adios.
Maria. Me acobarda
quedarme sin tí.
Cano. El mas leve ruido
pudiera perdernos.

(*La conduce pausadamente á un gabinete de la izquierda, y en el cancel de la puerta la dice las últimas palabras. Cierra con llave y se dispone á salir. Elvira se coloca detrás de él, y al volver se encuentran cara á cara.*)

Elvira. Allá en los infiernos
no sufrirán mas!
Cano. Adios.
Maria. Vijilante
estaré y alerta.
Elvira. (*ap.*) Ya cerró la puerta.
Cano. Voy.....
Elvira. Adónde vás?

ESCENA NOVENA.

ALONSO CANO *y* ELVIRA, *despues* MARIA.

Cano. Tú aquí?

Elvira. Sí: todo lo he visto!
Cano. Tú de mi conducta espía?
Esa es torpe villanía!
Elvira. Y aun mi cólera resisto!
El villano y fementido
quién es aqui de los dos,
quien vende su honor y á Dios
ó el que le sufre vendido?
Si villanía llamais
á mis celos, qué espresion
para tan negra traicion
como propia reservais?
Cano. Escucha; yerros han sido....
Elvira. Sueño en ideas de muerte.
Yo la hablaré.....
Cano. Mas advierte!
Elvira. Confiesas me has ofendido!
Suelta.
Cano. Escúchame te ruego.
Elvira. Tú me juraste, traidor,
que era tu primer amor,
el que te inspiró mi fuego!
(*Oyen llamar en la puerta del cuarto donde está oculta María.*)
Cano. Un golpe! allí!
Elvira. Sí, sí, es ella.
A tu defensa saldrá.
Maria. Abrid, abrid!
(*Elvira corre á abrir la puerta, Alonso Cano muestra resignacion dolorosa.*)
Cano. (*ap.*) Qué será
que asi el secreto atropella!
Elvira. Salid. (*abriéndola.*)
Maria. Vos aquí!
Elvira. Os espanta!
Maria. Nada asombra á la virtud.
Cano. Paciencia.
Maria. Veis mi inquietud,
ah! Tu muerte se adelanta.
Huye.
Elvira. De quién?
Maria. Yo los ví.
Sus trajes negros.
Cano. No llores!
Elvira. Quién son?
Maria. Los inquisidores.
Sus voces de muerte oí.
Elvira. Ay!... Sí; escuchad, es su paso.
Maria. Y ay del que entra en su prision!

Elvira. Yo labré tu perdicion.
Cano. Sueños serán, ó es acaso
que.....
Elvira. No; es cierto lo que dice!
(*Haciéndole ver la estátua rota. Maria entretanto cierra la puerta.*)
Mira tu hermosa Esperanza!
Cano. Elvira!....
Elvira. Esta fué venganza
del italiano!
Cano. Infelice!
Maria. No huye?
Elvira. Sí: primero es él. (*Dudosa.*)
Cano. Has roto mi corazon!
(*Elvira y Maria miran por la cerradura mostrando inquietud.*)
Maria. Callad!,.. Veis.... La inquisicion.
Elvira. Huye. (*Abrazándose á Alonso Cano.*)
Cano. Esa jente cruel
tambien te persigue á tí. (*á Maria.*)
Maria. Qué valgo yo!
Elvira. No recuerdo
nada. Huye! Si te pierdo
(*Se arrodilla para suplicarselo.*)
me pierdes por siempre á mí!
Cano. Solo con ella. (*Señalando á Maria.*)
Elvira. Me juras
que á su amor tu amor no alcanza?
Cano. Sí, por mi rota esperanza.
Maria. Mis espresiones son puras.
(*Oyen un cerrojo. Alonso Cano duda el complacerla, é indica con su ademan su resolucion de no apartarse de Maria.*)
Ya descorren los cerrojos
de esa antecámara!
Elvira. Adios.
Pronto; partid!.... Sí.... los dos.
El llanto ciegue mis ojos.
(*Elvira vacila un momento, y de repente los une ella misma y los hace huir por una puerta secreta de la derecha, cubriéndose el rostro por no verlos fugarse juntos. Alonso Cano y Maria se despiden de ella en silencio; por la puerta del fondo se oyen los pasos de los inquisidores, y se ve por la claraboya que hay sobre la puerta el resplandor de la luz.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Interior de una granja rústica. Al fondo una puerta y una ventana. A la derecha se descubre parte de un terrazo y la tapia de la huerta. A la izquierda dos puertas que comunican á las habitaciones interiores. Varias sillas y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO CANO *y* MARIA, *sentados.*

Cano. Has descansado, María?
Maria. Tan débil por fin no estoy.
Cano. Con inquietud, por quien soy,
esperé en esta alquería
tan próxima á la ciudad;
pero te vi tan rendida.....
Maria. Solo el temor por tu vida
causó tal frajilidad;
que una legua de camino
si no bien resistiria.
Cano. (*Procurando sosegarla.*)
Como hay tanta granjería
por este campo vecino,
aunque intentáran buscarnos,
no es tan fácil en verdad;
mucho mas que en la ciudad
pensarán sin duda hallarnos.
Quizá nuestro bien consiste
en haber parado aquí!
Mas, no te aflijas así,
me hace mal el verte triste!

Maria. Por mí en tal riesgo os hallais.
Cano. No temas.
Maria. Cómo ha de ser
amaros, y no temer
cuando en tal peligro estais?
Cano. No. Deja goce este instante,
pues tan corta es mi ventura
de contemplar la hermosura
de tu hechicero semblante!
En tu inocente quietud
tú no sabes cual te adoro,
rico y precioso tesoro
de inocencia y de virtud!
Tú no lo sabes, Maria:
cuando mis ojos te ven,
no hay dicha ni mayor bien
que halaguen el alma mia.
Y si tristezas ú enojos
desgarran mi corazon,
nieblas fujitivas son
que desvanecen tus ojos.
Mas que veo! Triste y muda,
ni me escuchas! O quizás
cuanto yo te quiero mas
te causa mi amor sin duda!
Maria. Fuera ingratitud en mí
cuando tan tierno os mostrais,
y en mi bien os ocupais!
Pienso en que os detuve aquí!
y es porque os quiero tambien;
mas con tal amor, tan puro,
que en vano anhelo y procuro
poder definirlo bien!
Es un afan que no alcanza
glorias del placer terreno,
tan bien hallado en mi seno
que goza sin esperanza.
Y aunque en mi suerte prolija
mis padres no conocí,
pienso que os amára asi
si os amára como hija!
Cano. Dices bien: y este cariño
dulce, invariable y eterno,
es asi inocente y tierno,
y puro como el de un niño.
Llámame tu padre, sí,
pues que de padre es mi amor.
Maria. Mas vuestra esposa, señor?...
Cano. Mi esposa? Se lo encubrí!

No sabe, no, ni es posible
que sepa nunca, por qué
me arrastra tanto la fé
de esta pasion invencible:
é imajina en su locura,
con el afan de sus celos,
que de mis tristes desvelos
solo es causa tu hermosura!
Te vió niña, te vió hermosa,
y en su ciega confusion,
sin causa tiene razon
para estar de tí celosa.

Maria. Celos!

Cano. Plujiera á los cielos
que nunca visto te hubiera,
pues con ellos desespera!

Maria. No me direis qué son celos?

Cano. Es un delirio, una ira,
es un rabioso dolor
envidia de ajeno amor.

Maria. Eso tiene doña Elvira?

Cano. Por tí ha perdido su calma!

Maria. Y con razon?

Cano. No, por Dios!
que he partido entre las dos
todo el cariño del alma!
Capáz yo de tal perfidia!

Maria. Bien recela!

Cano. Cómo, pues?

Maria. Si envidia esa pasion es
yo tambien la tengo envidia!
Sin que á ninguna la palma
de vuestro cariño deis,
cómo haceis, no me direis,
para asi partir el alma?

Cano. No es partirla. Los afectos,
que en fin de su esencia nacen,
de la pasion satisfacen
mil diferentes efectos.
Hijo del alma es amor,
hijo del alma el desdén,
y de ella nacen tambien
el contento y el dolor.
Dulces afectos los cielos
unen por mayor delicia,
y el alma los acaricia
como á sus hijos jemelos.
En el amor paternal
santa y sublime pasion

no se dán del corazon
los tesoros por igual.

Maria. Bien decis. Mas cómo fué
nacer la sospecha en ella?

Cano. Lo quiso mi mala estrella!
Lo que á Herrera adelanté,
para tu noble enseñanza
y su socorro, causó
mi pobreza, y me obligó
á dar precio á mi esperanza.

(*Se oye el toque de oraciones lejano: se levantan.*)

Maria. Ah!

Cano. Cual se tarda el quintero,
que he enviado á la ciudad!
Elvira, por tí, en verdad
y no por mí desespero!
Los fieros inquisidores
su duelo habrán respetado?
Habrán mi casa allanado,
ó preso á Elvira! (*Se cubre el rostro con la mano.*)

Maria. El que llores
no, no me prueba flaqueza,
sino tu gran corazon,
que la hermosa compasion
nace, Alonso, de grandeza.
Conozco que te espusiste
nuestro retiro á indicar
por quererla consolar;
mas por ella bien hiciste!

Cano. Quién mejor lo merecía
que quien salvó mi existencia!
Obré ademas con prudencia.
Al hombre de esta alquería
solo las señas le dí
de don Gonzalo de Prieto,
y que un pintor está inquieto
por su esposa, le advertí.
Tan sucinta esplicacion
no me descubre...,

Maria. Bien dices.

Cano. Mas aun postrada te miro.

Maria. Un poco.

Cano. En este retiro
goza aun las horas felices
de descanso; y, cuando tienda
por el oscuro horizonte
sus pardas brumas el monte,
la marcha otra vez se emprenda.

Maria. Y el retardo aprovechemos

que mi desmayo causó.
Mas, descansar solo yo?....

Cano. No, los dos reposarémos:
tú, en el lecho, á cuya puerta
ánjel de guarda seré;
y yo soñando, aunque en pié.
El sueño mi mal despierta!
En su silencio mas claman,
ay! mis pasiones dormidas,
y mis dolientes heridas
con el reposo se inflaman!
Mi calma es solo un imán
que embargue mi pensamiento.
Mira, este pobre instrumento
(*Sacando un lapicero.*)
pone en olvido mi afan!
Es delicioso beleño
que embarga mi fantasía!
Tú eres aun niña, María:
no es siempre un descanso el sueño!

(*Alonso Cano la hace entrar empujándola cariñosamente, y al volverse reparando en una estampa colgada en la pared se pone á dibujarla con emocion é interés.*)

ESCENA SEGUNDA.

ALONSO CANO.

Cano. Piedad y amor se divisa
en esa sien soberana:
de Luzbel la frente insana
su pié rutilante pisa.
Yo trasladaré á tu risa
los murmullos celestiales,
y á tus ojos virjinales
esa uncion consoladora,
de la que aguarda el que llora
el remedio de sus males!
Oh! sublíme aparicion.
Ya el pesar no me acobarda,
pues un ánjel de la guarda
solo anuncia salvacion!
Hago aqui firme intencion,
si me libras de este mal,
á la santa catedral
de donar un cuadro hermoso
con tu triunfo milagroso,

puro arcanjel inmortal! (*Llaman á la puerta.*)
El bosquejo concluí.
(*Sale á la puerta á ver quien llama.*)
Quién será?... El quintero. Y bien?

Quintero. (*entrando.*) Dadme os ruego el parabien.
Cano. Visteis al anciano?
Quintero. Sí.
Le dije lo que sabia
y me encomendasteis vos,
«que el pintor, gracias á Dios,
seguro albergue tenia!
Pero que estaba impaciente
por saber si han padecido
por él!»
Cano. Qué te ha respondido?
Quintero. Que no hay ningun accidente
desagradable en su casa:
y que libre del amago
debes huir del estrago
mientras la tormenta pasa,»
Sus razones te repito,
porque no las comprendí.
Cano. Yo las comprendo, sí, sí;
me has hecho un bien infinito.
Toma cuanto tengo: un dia
(*Le da un bolsillo y le rehusa.*)
podré jeneroso ser!
Quintero. No me robeis el placer
de una accion buena.
Cano. Seria
el instarte en mí bajeza.
Pero mis brazos te doy
por prueba de que te soy
deudor de una grau fineza.
Quintero. Yo los acepto. (*Se abrazan.*)
Cano. Mi pecho
respire al fin.
Quintero. (*ap.*) Ay de mí!
Pienso les comprometí:
no estoy de mí satisfecho!
Mas, qué hacer si de repente
me encuentro entre dos espías
sorprendido.
Cano. Qué decias?
Quintero. (*ap.*) Serán ellos. (*á él.*) Viene jente?
Cano. No!
Quintero. (*ap.*) De pronto me dijeron
si dos fujitivos ví,
y tan torpe respondí.....

que sin duda presumieron!....
Cano. Es imájen peregrina
la del arcanjel Gabriel!
(*Llaman á la puerta.*) Cielos!
(*D. Gonzalo desde dentro.*) Abrid, hombre fiel.
Cano. Quién será!
Quintero. (*ap.*) Labré su ruina!
Mas lo confieso; me espanta
la inquisicion. Ah! sois vos? (*Abriendo.*)
(*Entra D. Gonzalo.*)
D. Gonz. Alonso!
Cano. Padre! Por Dios,
dejad bese vuestra planta!
(*El quintero se retira; al verse solos se vuelven á estrechar entre sus brazos.*)

ESCENA TERCERA.

ALONSO CANO *y* DON GONZALO.

Cano. Y Elvira?
D. Gonz. De hallarla aqui
vine con hartos recelos.
Cano. De hallarla aquí? Cómo?
D. Gonz. Al punto
que supe por el quintero
tu albergue, pasé á su casa
á prodigarla consuelos.
Alli dispusimos ambos
que yo buscase al momento
algun caballo, y creimos
que D. Alfonso tu deudo
no nos negaría el suyo
en lance de tanto aprieto:
mas temió comprometerse
con el tribunal sangriento,
pues fué preciso informarle
del azaroso suceso,
y vió por tierra mis canas
sin dar á mi afan remedio.
A tales horas en vano
fuera en la ciudad tenerlos.
Volví á buscar á tu esposa
y ya no la hallé; aunque entiendo,
que con Rodrigo, aquel fiel
servidor suyo, sabiendo
por mí tu albergue, ha querido

repetirte un adios tierno.

Cano. Vos por mi causa, señor,
comprometido en mis riesg os;
y aun mi esposa; qué imprudencia!

D. Gonz. Decid qué amor tan inmenso!
Imprudencia! No: es acaso
que estimando sus derechos,
vendrá á pediros, Alonso,
estrecha cuenta por ellos!
Y aqui, dejando de ser
el amigo y consejero,
exijo de vos lo mucho
que por su padre os merezco.
Sangre de mi sangre, Elvira
es honor mio: y supuesto
que vos no estais disculpado
satisfacedme á sus celos.

Cano. Si no os tuviera la estima
que por ser su padre os tengo,
y nó me impulsára á ver
vuestras canas con respeto
la santa fé con que yo
miro los santos cabellos,
negárame á contestaros.

D. Gonz. Fuera escusar el empeño.

Cano. Noble sois, comprendereis
la santidad de un secreto.

D. Gonz. Antes que noble fuí padre
y solo su afan comprendo!
De hacerla feliz un dia
me prestasteis juramento,
habeis mentido á mis ojos
pues desdichada la veo!

Cano. Las apariencias disculpan
vuestros enojos, y encuentro
que es justo el dolor de un padre
que mira un hijo sufriendo.
Tambien yo la dí mi honor
y la mitad de mi lecho,
y con mi nombre escudé
ya la mancilla del vuestro!
Pero es tan limpio cristal
que lo quebrára el aliento
de la sospecha; á no ser
salida de vuestro seno.
Si os digo que con hablar
este puro nombre ofendo:
que espongo á morir á un ángel:
y que ocasiono á sus deudos

deshonra, porque ella es fruto
de criminales sucesos.
Si os fio que de mi esposa
se aumentarán los recelos,
y que jamás la he faltado
os juro, señor, poniendo
sobre el corazon la mano
é invocando el Dios escelso
que maldice la impostura,
culpareis aun mi silencio?

D. Gonz. No; yo sé lo que se debe
el que cumple caballero.
Deshonrar unos parientes!
hacer que asesinen ellos
alguna inocente niña!
No, no, yo estoy satisfecho!

Cano. Cuando el honor es lo mas,
el ser feliz es lo menos!
No creais que yo no sufro
de mi Elvira los tormentos,
al ver de su confianza
siempre un escollo por medio
en contra del cual se estrellan
nuestros mas dulces recreos!
Pues pesa mucho entre amantes
guardar tan hondo misterio!
Pero temí que rompia
mi dicha, ay Dios, con romperlo!

D. Gonz. Basta, Alonso, de disculpas.
(*Sale el quintero.*) Un hombre y una mujer
aquí se dirijen.

Cano. Cielos!

D. Gonz. Hacedles entrar. Yo fio (*El quintero va á abrir.*)
reducirla con consejos.
En ella la reflexion
hará su deber y el tiempo!

Quintero. (*ap.*) Aunque advertirle quisiera
será inútil: al acecho
he visto ya dos espías;
no evitaria su riesgo,
y al tribunal sanguinario
mi cabeza comprometo!

D. Gonz. Que os desahogueis es mejor
á solas.... Paso aqui dentro!
(*Se retira al gabinete de la izquierda.*)

ESCENA CUARTA.

ALONSO CANO *y* ELVIRA.

(*Acompañada de Rodrigo. El quintero se retira con Rodrigo por el fondo, despues de dirijirles una mirada de interés.*)

Elvira. Esposo!
Cano. Elvira! en fin te respetaron!
Elvira. Libre estás!
Cano. Y es por tí!
Elvira. Tus nobles sienes
permíteme estrechar. No se atrevieron
al hogar de tu esposa; pero aleves
salieron en tu busca.
Cano. Por fortuna
hay un Dios que proteje al inocente.
Elvira. Rodrigo les seguia y vió dispersa
de los esbirros la canalla en breve.
Cano. Quizá me olvidarán.
Elvira. Esposo mio.
Aunque asi fuera, de sus iras siempre
es forzoso apartarte; y fué arriesgado
tan próximo á Sevilla el detenerte.
Cano. Temí por su existencia; Desmayada....
Elvira. Por quién?
Cano. Tan niña!
Elvira. La razon me vuelven
tus palabras. Tu amor me deslumbraba,
y de mis celos me olvidaba al verte.
Oh infamia, y consentí!....
Cano. Calla!
Elvira. Creias
que á tanto estremo jenerosa fuese
que en brazos de mi pérfida enemiga
te mirára otra vez indiferente?
Juzgaste, Alonso, que al cerrar mis ojos
por escusar tu desdichada muerte
se durmieron mis celos? No, mi sombra
por todas partes á seguirte viene!
Cano. Tú deliras?
Elvira. Es cierto: y este loco
y ardiente frenesí no te estremece?
Cano. Oh, sí, me haces temblar, mas por tí sola,
por tí que eres el alma que sostiene
mi existencia infeliz!

Elvira. Y por mí sola?
Cano. Tambien por ella, sí, que es inocente!
Te lo prometo, Elvira, por el nombre
del supremo hacedor rey de los reyes,
por aquella que fué virjen y madre,
gloria de los espíritus celestes!
Escúchame por Dios; y si tú sabes
en sus ojos leer; si en esa ténue
blanda respiracion que de sus lábios
las no marchitas rosas humedece
has hallado quizá de un alma pura
la emanacion sublime y elocuente.....
Elvira. Oh! que bien que la adorna tu capricho
de cuantas ilusiones te merece
para curar mis celos! Ay Alonso!
Ay desdichado amor, ya no hay que esperes!
Cano. Si pudieras saber....
Elvira. Habla, y el alma
de tus razones, de tu voz pendiente,
te escuchará si escusas tu delirio.
Engaña mi dolor si mas no puedes!
Cano. Mentirte? No, jamás!
Elvira. Luego confiesas
que con esa mujer mi amor ofendes?
Cano. Yo te juro por Dios!
Elvira. Calla, insensato,
y de su santo nombre no blasfemes.
Cano. Por nuestro amor!....
Elvira. En vano, si ya ha muerto,
con tus mentiras invocarle quieres!
Cano. Por mi nombre y mi honor.
Elvira. Nada te creo,
infiel, perjuro, pues el mio ofendes.
Cano. Doña Elvira! (*Empuñando la daga.*)
Elvira. Sí, herid. Ya solo un crímen
puede apartar nuestra ligada suerte!
lo que el cielo anudó rompa tu mano:
y cuando tinta en púrpura caliente
á tu esposa la ofrezcas.....
Cano. Cesa, Elvira,
por piedad! y perdóname!
Elvira. Sí aun quieres
que en tu cariño y tus promesas crea
apártala de tí.
Cano. Yo! qué pretendes?
Sin amparo, y mi honor comprometido
en mirar por su bien!
Elvira. Haz que se aleje,
y déjame la vea.

Cano. Con qué objeto?
Elvira. Déjame hablarla.
Cano. Oh Dios!
Elvira. Si no, es que temes
que á sus tranquilos ojos no se asome
todo el rubor de su alma delincuente,
ó que al purpúreo y florecido lábio
falten las rosas de que ornarle sueles,
y que en cárdenos lirios se conviertan
cuando su torpe crímen la avergüenze!
Cano. No, no; que es la virtud limpia y sin mancha
á quien agravias obcecada. Atiende
á su temprana edad; respeta, Elvira,
sus lágrimas tambien. Pero aquí viene,
sin duda de las voces atraida.
Oh! ten de ella piedad! Sí, la merece!
(*Alonso se retira al gabinete donde entró D. Gonzalo.*)

ESCENA QUINTA.

ELVIRA *y* MARIA.

Maria. Ah! vos erais?
Elvira. Qué te espanta!
Maria. (*ap.*) Pavor su semblante pone!
Rendida á un sueño febril
recelosa al fin... Mas dónde
está?
Elvira. No hay peligro.
Maria. No?
Elvira. (*ap.*) Cuánto le ama! (*á ella.*) Ven, responde.
Maria. Señora!
Elvira. (*ap.*) Tiembla! es culpada!
(*á ella.*) Habla ante Dios.
Maria. El nos oye.
Elvira. (*ap.*) Será inocente! (*á ella.*) No pueden
nuestros tristes corazones
por mas tiempo soportar
tantos acerbos dolores.
Es preciso que la muerte,
para que tu dicha colmes,
acabe mi desventura
y mi martirio corone!
María. Cómo, señora?
Elvira. No es cierto
que en plácidas ilusiones
de amor te seduce el alma

de Alonso Cano hasta el nombre?
Maria. Por qué quereis que lo niegue!
Elvira. Luego es verdad? Mal le logres!
Maria. Le quiero bien!....
Elvira. Y no es cierto,
supuesto que asi le adores,
que en la horrible oscuridad
de la perezosa noche
sueñas con celos funestos,
y con caricias de amores?
Que le llamas, cuando ausente
tras nuevos placeres corre,
y ries si á tu voz viene,
y lloras si á tí se esconde?
Maria. Cosas me dices.....
Elvira. No es cierto
que eternas sospechas roen
tu corazon?
Maria. (*con inocencia.*) Oh! No tal.
Quiérole bien y acabóse!
Elvira. Pobre inocente, no eres
de mis tormentos atroces
la causa, no; ni es tu pecho,
cual yo juzgaba, de bronce!
Alma vírjen, vaso frájil,
el soplo impuro de un hombre
ha empañado tu pureza.
María. Ah!
Elvira. (*suspirando.*) Pobre niña!
Maria. No llores!
Elvira. Cómo no quieres que salgan
mis lágrimas, sin que ahoguen
en el pecho los suspiros,
y en la garganta las voces?
Maria. No, madre mia, y permite
que asi mi afecto te nombre,
no mas tus dolientes ojos
abundoso llanto broten.
Mi inclinacion por Alonso
jamás te ofendió; y él, noble
y leal á tu amor santo,
jeneroso corresponde!
Tú como á esposo le ama,
y él te rinda sus favores,
mas el lugar de su hija
ni me envidies, ni me robes.
Elvira, Hija! (*ap.*) Qué nueva sospecha!
Yo no soy madre!
Maria. Aunque invoque

este dictado no ofendo
tu cariño!

Elvira. (*ap.*) Sabré entonces!....
(*á ella.*) Bien; tu candor me convence
de mis injustos temores!
Pero, dime; cómo ha sido
conocerle? Cuándo, en dónde
le has visto? Sin duda alguna
desde niña le conoces?

Maria. Es verdad, los mas lejanos
recuerdos fascinadores
de mi niñez van unidos
á él, que me sirvió de norte!

Elvira. Y luego?

Maria. Siete años hace
que de su lado apartóme.

Elvira. (*ap.*) Todo lo comprendo. Al tiempo
de mis bodas! Mas veloces
pasan las sombras, y es fuerza
que gane los altos montes
antes que la luz del dia
descubra su marcha. Corre,
y que al viaje se aperciba,
yo voy. Algunos renglones
quizá harán que halle dinero,
y el oro los muros rompe!

Maria. Vos me perdonais?

Elvira. Sí, sí. (*Se va Maria.*)
Me habrá vendido? De jóven
habrá jurado otro amor!
Él, padre! Huid, torcedores
(*Quitándose las joyas.*) recelos que me matais.
Pensemos en él. Mis broches,

(*Aparece Veneto y el quintero por el fondo. El quintero se retira.*

mis sortijas! Ricas joyas,
abridle paso á otros montes
estraños.

Veneto. Temblando abrió.
Está sola. (*Adelantándose.*)

Elvira. Quién? Ese hombre!

Deja aterrada las joyas sobre la mesa. Veneto en el interin corre el cerrojo al gabinete donde entró Alonso Cano, y se acerca á Elvira con resolucion.)

ESCENA SETIMA.

ELVIRA *y* VENETO.

Elvira. Veneto!
Veneto. El mismo!
Elvira. Gran Dios!
(*á él.*) Qué?...
Veneto. El ocultarlo es en vano;
mirad preso á Alonso Cano.
Le pierdo? Decidlo vos.
Elvira. Insensato!
Veneto. Y vos, cruel,
mas no tanto como hermosa!
Elvira. Soy noble, y soy fiel esposa!
Veneto. Y él, por ventura, es tan fiel?
Elvira. Si con negra ingratitud
desgarra mi pecho triste,
creeis que mi virtud consiste
de mi esposo en la virtud?
Nunca por agravios tales,
aunque sus desdichas lloran,
su sangre ilustre desdoran
las mujeres principales.
Esto entended.
Veneto. Ya lo sé,
pues tal mi desdicha ha sido
que en un pecho empedernido
hallar consuelo esperé!
Elvira. No es dureza ni crueldad
lo que es nobleza y honor!
Veneto. Jamás os pidió mi amor
otra cosa que piedad!
Elvira. Es vana la compasion
con el que en amor se inflama,
y antes irrita la llama
que da alivio al corazon.
Si es verdad que me quereis,
huid mi presencia, huid,
y de no hacerlo advertid,
señor, que me ofendereis.
Y ya que otro sentimiento
no pueda abrigar por vos,
idos, no querais, por Dios,
probar mi aborrecimiento!
Veneto. Aborrecerme! Seria

eso posible?

Elvira. Sí, sí:
idos por vos y por mí!

Veneto. Oféndeos la pasion mia?

Elvira. No hay nube que empañe al sol,
ni vos ajais mi decoro,
antes es mas puro el oro
que pasa por el crisol.
Y así, os debo agradecer
que á prueba mi amor pongais,
porque mejor conozcais
que es imposible vencer!

Veneto. Quien vuestro amor no logró
logre vuestro odio.

Elvira. Atrevido!

Veneto. Amado ú aborrecido,
pero indiferente, no!

Elvira. Salid de aquí.

Veneto. Mal á fé
mi terco empeño conoces.

Elvira. Oh, vergüenza! Daré voces.

Veneto. Y yo tambien las daré,
y los que á Alonso persiguen
á prenderle acudirán.

Elvira. Tú me engañas.

Veneto. No, ahi están!
Que tus palabras mitiguen
mi enojo.

(*Se oye ruido de pisadas en el gabinete de Alonso.*)

Elvira. El es, soy perdida.

Veneto. Oh! que te oiga hablar de amores!
que empiece á sentir dolores
de una deshonra homicida!

Cano. (*desde dentro.*) Elvira.

Veneto. (*marchándose.*) En fin, por su bien
aun te permito un instante:
ay de él, si á mi afecto amante
no se rinde tu desdén!
Pronto vuelvo. (*ap.*) Qué es su amor,
como la infamia consiga
de Alonso! A mucho me obliga
la venganza de mi honor! (*Se retira por el fondo.*)

(*Elvira corre á abrir la puerta del gabinete.*)

ESCENA OCTAVA.

ELVIRA, CANO, DON GONZALO, MARIA, *y despues el quintero por la puerta del fondo observándoles con inquietud.*

Cano. Elvira, con quién hablabais?
Elvira. Yo!
Cano. Responde.
Elvira. Huye, huye, Alonso.
Quién diera alas á tus pies!
D. Gonz. Hija.
Cano. Señora!
Elvira. Huye, y pronto:
sino te pierdes!
Cano. Perderme
prefiero, y saberlo todo!
Elvira. Por piedad!
Cano. No: mas me irritan
tu palidez y tus lloros!
Quién te habló de amores?
Elvira. Ah!
Cano. Lo escuché! Quién en mi oprobio
era el que gozaba altivo?
D. Gonz. Elvira, atiende á tu esposo!
Maria. Pobre amiga!
Elvira. No huye!
Cano. No.
Antes resuelto, mi encono
irá á lanzarse á su encuentro!
Elvira. Pues sabe entonces que hay otro
que me asedia con porfias,
y que temerario y loco
tu muerte juró ahora mismo,
si con mi honra no la compro.
Cano. Mi acero la venderá
primero de solo á solo.
Elvira. No luchará; sus esbirros
te esperan!
Cano. Quién es el monstruo
que asi desprecia mis iras?
Elvira. Veneto!
Todos. Veneto?...
Elvira. Ah! qué oigo?
(*Acercándose á la puerta creyendo que oye ruido.*)
Si es él....

Cano. Oh dicha! vendrá!
Yo vengaré tu decoro.
Su tumba será esta sala!
Elvira. Y despues con sus despojos,
sino eres tú el que sucumbe
en la pelea, qué logro
resultará á nuestro amor?
Cano. Verle vengado.
Elvira. Eso es poco,
pues merece ser feliz!
Maria. Sí, el vuestro será dichoso!
D. Gonz. Huye esa turba asesina;
que se venga con el horno
y las cadenas del hombre.
Elvira. Dilata á un tiempo mas propio
tu satisfaccion, y en tanto
salva tus dias preciosos.
Por tu esposa, ó por tu padre,
ó sino mira de hinojos
(*Hace arrodillar á María: Aparece el quintero y se muestra enternecido.*)
esta inocente hermosura:
huérfanos quedamos todos!
Cano. Qué haré?
D. Gonz. Esperar mejor dia
para el desagravio!
Cano. Y cómo
libertarme?
Elvira. Al fin consientes!
Cano. Sí, consiento, por vosotros:
que el que es tan rico no es cuerdo
si arriesga tanto tesoro.
Pero es imposible, no hay
mas que esa puerta.
D. Gonz. Es notorio
que ahi los esbirros esperan!
Cano. Caeré sobre ellos de pronto.
Elvira. No, no!.....
Maria. Ni donde ocultarse.
D. Gonz. Del huerto los blancos chopos
no encubrirán...
Quintero. (*ap.*) Infelices!
Qué podré hacer en su abono!
(*Adelantándose ácia ellos con interés.*
Elvira. No hay remedio! Vos! socorro
para tantos desdichados!
Quintero. Se intentará.... (*Discurriendo.*)
Todos. Hablad.
Quintero. Del coto

no es alta la cerca. Acaso
alcanceis desde mis hombros.....
Su jente es poca y espera
al umbral. Si con arrojo
saltais las tapias, el bosque
se divisa á trecho corto.

Cano. Vamos. Sí.

D. Gonz. Os veré partir.

Elvira. Y ese salto es peligroso?

Quintero. Nada temais.

Elvira. Esta banda
le hará sin duda mas cómodo.

Maria. (*ap.*) Y yo nada hago por él!

Elvira. Mis joyas te sirvan de oro
para procurarte auxilios!

Cano. Para recuerdo las tomo.

(*Se abrazan con la mayor ternura y Alonso parte precipitado seguido de D. Gonzalo.*)

Adios

Elvira y Maria. Adios.

Elvira. (*al quintero.*) Una seña
para saber que está en cobro.

Quintero. Si veo llega á los bosques,
un tiro; su ruido sordo
será en ese opuesto estremo
de la huerta, porque ansiosos
alli acudan los esbirros
y el rumbo ignoren del prófugo (*Se vá.*)

Maria. Ah! quiero verle partir. (*Le sigue.*)

Elvira. Id tambien, suspiros sordos,
y pues sois partes del alma
llevadsela al bien que adoro!
Yo estoy sujeta á esa puerta
como el sentenciado á un potro!
Dadme voz para finjirle,
ó cielos! Cubrid mi rostro
con la máscara engañosa
de la astucia y del rebozo!
Ningun rumor, virjen mia!
Truenen los vientos sonoros,
ó el rio finja murmullos,
y el monte retumbe bronco,
y aterre el mar mis oidos
desde sus piélagos hondos.
No suena ese tiro. Ay triste!
Una llave... El.... Cegad, ojos.

(*Aparece Veneto.*)

Veneto. (*ap.*) Si Elvira habrá consentido!

Elvira. Veneto! (*ap.*) Oh Dios! que tardanza!

Veneto. Ejecuto mi venganza?
Elvira. Piedad; nuevo plazo os pido.
(*ap.*) Nada se oye.
Veneto. (*observándola.*) Su mirar!
Su turbacion!...
(*Se adelanta al gabinete y vuelve á salir presuroso.*)
Elvira. Ay de mí!
Veneto. Habrán intentado?... Ah! sí,
le dejarán escapar! (*Asomándose á la ventana.*)
Esbirros! Se fugará! (*Se oye un tiro.*)
Elvira. Virjen mia! Se ha salvado!
Veneto. Se ha perdido!
(*Retirándose de la ventana con alegria.*)
Elvira. No; malvado.
Tu voz no me engañará.
Ese disparo anunció
que gana un lugar seguro.
Veneto. Que está preso te aseguro.
El tiró se disparó
por órden mia al prenderle
las jentes de la justicia,
por darme antes la noticia. (*Se siente el ruido.*)
Oye el rumor de traerle.
(*Se asoma Elvira á la ventana, despues se retira acongojada.*)
Elvira. (*al quintero que aparece en la puerta.*)
Será posible?
Quintero. (*ap.*) Si lo es. (*á Elvira.*)
No comprometa mi vida!
(*ap. á Veneto.*) De esbirros una partida
trae preso al pintor.
Veneto. Lo ves!
Que aguarden ahí, y á una voz
mia dadle libertad;
sino, pronto á la ciudad
volvemos. (*El quintero se retira.*)
Elvira. (*ap.*) Hombre feroz!
Veneto. Una voz, lo has escuchado,
que dé desde esa ventana,
le libertará. Sé humana,
mira mi amor con agrado!
Me basta una confesion
escrita, aunque mienta el lábio.
(*ap.*) Con tal que él llore el agravio
de deshonra en su opinion!
(*Maria saliendo precipitadamente.*)
Maria. Con que le han preso! (*Llorando.*)
Elvira. Ay, María!
Maria. Tengo de ese infame miedo!

Veneto. (*ap. á Elvira.*) Qué decidis?
Elvira. Solo puedo
morir! Salvarle....
Maria. Sería
posible?
Veneto. Sí.
Maria. Y qué hay que hacer?
Si mi sangre ha de bastar,
vertedla.
Veneto. (*á Elvira.*) Ois?
Elvira. Acortar
podeis mi afán! No ha de ser!
Maria. Lo rehusais! Vos, Elvira!
Vos podeis y os resistis!
Y que le amabais decis!
No, vuestro amor es mentira.
Elvira. Mentira! Ah! no, no: apartaos,
dejadme mi honra, por Dios!
Maria. Su honra!.... Acaso?... Infame, vos.
(*Dirije á Veneto una mirada de desprecio y corre á abrazar á Elvira, la que sostiene en su hombro su cabeza.*
Elvira. Maria, tenme.
Maria. Apoyaos.
Veneto. (*ap.*) Qué he de hacer?
Maria. (*á Elvira.*) Huid sin mancilla.
Elvira. Débil mi cuerpo se vé,
firme es mi virtud!
(*Tratan de alejarse, Veneto las detiene.*)
Maria. Lo sé.
Veneto. Tened.
Elvira. Atrás!
Veneto. Y aun me humilla!
Maria. Villano, nada de tí!
Veneto. Esperad...
Elvira. Mil veces no!
En mi honor no mando yo!
Infame, atrás.
Veneto. Vos! y á mí?
Tiembla; la fuerza será
quien te arranque....
Elvira. No ha de ser.
Veneto. Con mi poder.....
D. Gonz. (*saliendo.*) Hay poder
que uno y otro impedirá.
(*D. Gonzalo le coje por la garganta y le amaga con la daga sobre el corazon, y asi le conduce con violencia cerca de la ventana: las dos damas caen de rodillas y levantando las manos al cielo observan con la mayor inquietud.*)

D. Gonz. Malsin! Ponle libre!
Veneto. (*con voz ahogada.*) A mí!
D. Gonz. Al punto, al punto; ó desgarra
tu pecho el hierro.
Veneto. (*ap.*) Me amarra
un dogal! (*á los de afuera.*) Libradle!
D. Gonz. (*cerrando la ventana.*) Asi.
Elvira. Dios hay! La virtud impera.
D. Gonz. Huyamos, Alonso espera.
(*Salen precipitadamente y cierran la puerta por fuera.*)
Veneto. Temblé morir! mas, qué alcanza
la vida sin mi venganza?
abrid; matadme y que él muera.
(*Las damas y D. Gonzalo han desaparecido. Veneto queda haciendo violentos esfuerzos por derribar la puerta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Calabozo. Al fondo un torreon de dos pisos, con escalera practicable, y puerta que comunica á la escena. A derecha é izquierda de la torre dos poternas secretas. El interior de la escalera que se descubre por dos rejas del torreon aparece iluminado por un farol que hay delante de una imájen. En primer término un banco y un lecho de madera.—Otra puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Varios presos en oportuna disposicion agrupados en frente de Alonso Cano que está pintando en un gran lienzo. El carcelero está inmóvil á su derecha sirviendole de modelo. Dos llaveros alumbran al pintor con hachas de viento.)

ALONSO, CARCELERO *y presos.*

Carcelero. Daos priesa, Alonso.
Cano. Al momento
faltan los últimos toques.
Mas alta la frente.
Carcelero. Así? (*Levantándola.*)
Cano. Ya erguida de mas la pone.
Carcelero. Costumbre de dominar.
Cano. Que se humille es mas conforme
con su condicion.
Carcelero. Alonso... (*Perdiendo su posicion.*)
Cano. Ya alterasteis las facciones.
(*Arroja los pinceles: los presos se desordenan y se ponen á su rededor.*)
Este Judas desmerece

del resto de mis apóstoles.
Se nota en él cierto orgullo
que no está bien con traidores.

Carcelero. Alonso, mirad.....

Cano. Pues, qué
hay en esto que os enoje?
Yo hablo solo de este Judas
que el efecto descompone
de mi lienzo.

Carcelero. Sí; mas yo
fuí el modelo.

Cano. A honor lo tome;
pues asi le eternicé.

Carcelero. Hablais en sentido doble!....

Cano. Teneis gran penetracion.

Carcelero. Poder tengo en esta torre.
Bien me agradeceis que os deje
libertad, lienzo y colores!

Cano. Libertad!... Eso llamais
á que el pecho se desahogue,
y hasta el eco de sus ayes
estas bóvedas sofoquen?
Libertad! Y las cadenas
y el estruendo de los golpes
me asombran aun en mis sueños
desde esas hondas prisiones!
Libertad! y aun ver no puedo
ni las nieblas de la noche
ni la estrella mas confusa
de esos anchos horizontes!
Alumbra el sol los espacios?
Halaga el viento las flores?
Quiebra la luna su luz
de la azucena en el broche?
Libertad! Y á ver no alcanzo
ni aun los vagos resplandores
de la centella, que rasga
la erguida cerviz del monte!
Libertad! Sí, para ver
entre los negros vapores
de esas hachas, que semejan
dos funerales blandones,
los hierros y los cerrojos
y las cadenas enormes!
Y asi mi mano insegura
y vacilante recorre
el lienzo, tan tristes sombras
esperando que el sol dore!
Y á vos tal favor no os debo:

roguéle yo, y conformóse
el tribunal al saber
mis cristianas intenciones,
pues quise así demostrar
mi fé en el Dios de los hombres,
que de un soplo les convierte
en polvo inmundo ó en dioses!

Carcelero. Y juzgais que solo un cuadro
la impiedad tremenda borre
del que asesina en el templo
y las imájenes rompe?

Cano. Miserable!

(*Alonso quiere abalanzarse sobre él, los presos le contienen: el carcelero se aparta con asombro.*)

Carcelero. Tente! (*ap.*) Su ira
me dió pavor.

Cano. (*reprimiéndose.*) No te asombres.
No es justo empresa tan ruin
que el águila se desdore
ensangrentando sus garras.

Preso. Su cólera no provoques
pues te pierdes sin remedio.
Sufre con paciencia.

Cano. A él? Torpe
seria mi humillacion!
Si el frio que filtra y sorbe
la piedra de estas mazmorras
de la indignacion las voces
heló en vuestras almas, nunca
el fuego de mis pasiones
jenerosas helará
cuando la virtud pregonen.

Preso. (*á los otros.*) No vi constancia mayor!

Carcelero. (*ap.*) Grande es sin duda el ser noble,
pues yo le admiro, á pesar
que de vergüenza me corre!

Preso. Nos va á separar! Ya nunca
hallarán nuestros dolores
ni quejas que los consuelen,
ni lágrimas que los lloren!
Acaso por vez postrera
se alzan los brazos y acordes
se estrechan, sin que los grillos
sus flacas carnes agovien!

Cano. Guardad fé en el corazon.
Si estos muros no responden

(*Retirándose á un lado con los presos. El carcelero los observa pensativo.*)

á vuestros ayes de muerte

hay un Dios que los acoje!
Si ya nadie os tenderá
de vuestra tumba en el borde
sus brazos en el sepulcro,
hay ánjeles que coronen
nuestro martirio, y al cielo
nuestra alma eleven!

Preso. (*señalando al carcelero.*) (*ap. á Cano.*) Nos oye!
Cano. Qué importa? (*al carcelero.*) Tú les dirás
á tus sangrientos señores
que en ese lienzo les lego
un baldon que les deshonre!
Que cada vez que le miren
con sangre la luz colore
de esas víctimas las frentes.
Que el precio que por él logren
por nuestras almas lo empleen,
porque en sufrajios lo gocen;
y ellos nada se utilicen
como al cielo no lo roben!

Carcelero. Veis las cadenas!
Preso. (*ap. á Cano.*) No escites
su cólera.
Cano. (*al carcelero.*) Me conoces!
Desprecio tus amenazas
y te compadezco. Al pobre
humillas; rastrero besas
el látigo á tus señores.
Carcelero. (*ap.*) Ese hombre quién es, que me hace
avergonzar de ser yo hombre?
Cano. Quítenme con su poder
la gloria de ver se acojen
y descansan en mi seno:
de que sus cabellos rocen
con mis labios; de que puedan
bendecirme cuando lloren.
Todos. (*los presos.*) Sí, sí.
Cano. No lo sospechabas?
Pedí á los inquisidores
licencia para este cuadro,
no por compensar errores
de relijion, la cual nunca
mi conciencia desconoce,
sino solo por calmar
sus angustiosas prisiones,
por templar algunas horas
su martirio!

Preso. Dios le acorte.
Cano. Por suspender en sus ojos

el llanto que les corre,
y porque libres sus manos
alzáran sus bendiciones
al Señor.

Presos. (*arrodillándose.*) Bendito, sí,
Dios y el que ampara en su nombre!

(*En este momento, en la puerta secreta de la izquierda, el carcelero mira por la rejilla; abre, y habla con un enmascarado. Los presos que permanecian de rodillas, vueltos hácia la efijie de la Virjen, se levantan y se despiden de Alonso con la mayor ternura.*)

Carcelero. A los calabozos, pronto.

Cano. Adios.

Preso. Por siempre!

(*Los llaveros los acompañan y se van. El carcelero le pone grillos á Alonso.*)

Carcelero. Id con órden;
que, aunque estas bóvedas matan
los ecos, un sacerdote
está en oracion, y reza
tras de esas planchas de cobre.
No le interrumpais. (*á Cano.*) Espera
Fray Rafael de Segorbe.

Cano. Decidme; no fué el que ayer
confesó al judío Alsóme?

Carcelero. El mismo.

Cano. Pues que se vuelva.

Carcelero. No os confesais?

Cano. No. Quien oye
falsos ensambenitados
y judíos de su porte
no oirá mi confesion.

Carcelero. Miradlo bien.

Cano. Que se torne.
Quiero un padre espiritual
que hasta de esa raza ignore.

Carcelero. Pues ireis sin confesaros
al tormento; y si os espone
el dolor á sucumbir....

Cano. Dios tendrá piedad entonces!

Carcelero. Alto pues.

(*Se dirije á la poterna en la que aparece el verdugo; en lo interior se descubren los útiles del tormento.*)

Entrad. (*ap.*) Pardiez
que me pesa....

Cano. (*dirijiéndose á la Virjen.*) El que el salobre
mar encrespa; el que da aliento
á los rudos aquilones
dé esfuerzo á mi frájil cuerpo.....

(*Sosteniéndose contra la reja.*)
(*El verdugo se adelanta.*) Apoyaos.
Cano. (*desviándose con terror.*) Quien se apoya
debe ser quien necesite
brio en la mano que azote!
valor en el corazon
para evitar que se ahogue
con la sangre del hermano.
Huid, que haceis me abochorne
de mí mismo! (*á la Virjen.*) Y Dios tu hijo,
que honró con su sangre al hombre
en esas viles hechuras
degrada estirpe tan noble!
Verdugo. Voto á... Su valor veremos!
Cano. Del cuerpo el alma dispone.
No domarán mi valor
aunque mis carnes destrocen.

ESCENA SEGUNDA.

Alonso Cano se adelanta con dignidad y resolucion, pero se detiene al ver al verdugo hablar con el mismo enmascarado y cerrarse la poterna. Veneto en traje de familiar con máscara se acerca al carcelero.

Veneto. Se dispuso?
Carcelero. No señor.
No quiso al padre Rafael
porque confiesa á judíos.
Los mira con tal desden
que por haberse rozado
con un preso, despues
me dió el gaban.
Veneto. Jenio estraño.
Carcelero. Todo es asombroso en él.
Veneto. Haced baje de la torre
del Norte el padre Sesé.
(*El carcelero sube por la escalera del torreon y desaparece.*)
(*á Cano.*) Es fuerza, antes del tormento,
que con Dios os prepareis.
Cano. Estoy yo con mi conciencia,
á lo que veo, mas bien
que vos con la claridad,
señor familiar.
Veneto. Tal vez:
pero es fuerza os dispongais.
Cano. Yo de mi constancia sé
no me rendirá el tormento.
Veneto. Pero, Alonso, no sabeis,
aun cuando no esteis convicto,

lo que os aguarda despues!
Cano. Si son jueces los que juzgan
sentenciarán segun ley,
y al que no confiesa absuelve
porque su inocencia vé.
Veneto. Aunque inocente morís.
Cano. No siento morir, pardiez,
sino mirar afrentado
de la justicia el dosel
por asesinos.
Veneto. Alonso!
Cano. El verdugo nunca es juez!
Veneto. La venganza no es escusa?
Cano. Si es medio infame no lo es!
Veneto. Y si él obró con infamia?
Cano. Familiar, y yo soy él?
Hablad claro, ó por mi estrella
que entre mis manos....
Veneto. (*dando un silbido, aparece el verdugo en la poterna con dos satélites.*)
Qué hareis?
Cano. Teneis razon, nada.
(*Al ir á levantarse, no puede por los grillos.*)
Veneto. Andad. (*al verdugo.*)
Se retira á un estremo, el verdugo le quita los grillos á Alonso que permanece sentado.)
Verdugo. Es un cambio. Atadle bien.
Le atan la mano izquierda: al ir á tocarle la derecha los aparta con violencia.)
Y esa mano?
Cano. No.
Verdugo. No hay medio.
Cano. Os digo que le ha de haber,
Verdugo. Será por la fuerza.....
Cano. Infames!
Atras, atras, ó á mis pies
con un soplo de mi aliento
confundidos caereis.
No habeis visto de esta mano (*Señalando al cuadro.*)
brotar ese campo ayer?
Poblarse esas arboledas,
y bajo el dócil pincel
el sol bañar esas nubes
de brillante rosicler?
Animarse estas figuras,
radiar la vida en su sien
y en sus ojos la esperanza?
En esta mano, no veis
la luz de un ánjel que alumbra

de un mundo la lobreguez;
el fuego de un Dios que anima
con la existencia el no ser?

Veneto. (*ap.*) Sí, yo lo ví; de sus manos
nacen portentos, Dios és!

Cano. No porque el ánjel caido
y entre cadenas esté
le deis corona de espinas,
sino glorioso laurél.
Guardadle honor, y su oríjen
divino no mancilleis,
poniendo sobre su diestra
la impura marca cruel.

Veneto. Lo prescribe el tribunal.

Cano. Sus asesinos direis!
Queria á vuestra grandeza
esta ocasion ofrecer
de mostrarse heróica; en vano:
vos de heroismo no entendeis!
Tomad; pues no obedecisteis
del pundonor al deber,
sed ruin y dad cumplimiento
á este mezquino papel.
(*Se le dá. Veneto lee con estrañeza.*)

Veneto. Vos! Concedida esta gracia!
Cuándo? Por medio de quién?

Cano. Al traerme las pinturas,
por medio de Herrera fué;
que libre ya y perdonado,
en recuerdo de su fiel
agradecimiento, humilde
por mi mano rogó al Rey,
sospechando entre las vuestras.....
El pobre sospechó bien.

Veneto. (*leyendo.*) «El privilejio concedo
á Alonso Cano....»

Cano. Leed.

Veneto. «De no sufrir el tormento
en su diestra mano: en fé
de su escelencia en el arte.
Felipe IV.»
Está bien.

(*Aparece en lo alto de la torre el carcelero y un relijioso.*)

Veneto. El confesor llega á tiempo
por si gustais....

Relijioso. (*entrando.*) Entended,
que la relijion consuela:
y que el plazo que espereis
puede no cumplirse nunca!

Cano. Padre, vamos.
Relijioso. Hijo, vén.
(*Entran por una puerta de la izquierda. El verdugo y sus satélites se retiran.*)

ESCENA TERCERA.

VENETO *y* GARCÉS.

Garcés. Las damas han vuelto.
Veneto. Y tú
las diste entrada, Garcés?
Garcés. Aunque esponiendo mi vida,
pues si se llega á saber.....
Veneto. (*ap.*) Alli su tormento, alli
su sepulcro! Ahora mujer,
á prueba está tu constancia!
(*á Garcés.*) Retírate ya, y preven
al llavero. ó tu ahi espera
para que luego las deis
salida, sino os prevengo
otra cosa. Oigo su pie
(*Se retira Garcés y se le vé alumbrar en lo alto del torreon á dos damas tapadas.*)
como el rumor que precede
á la tormenta cruel

ESCENA CUARTA.

VENETO, *retirado á un estremo del calabozo,* ELVIRA *y* MARIA *descienden pausadamente.*

Maria. Qué soledad!
Elvira. Virjen mia!
Con el rumor de tus plantas
alma y corazon me espantas.
Solo ese ex-voto á Maria
nos alumbra.
Maria. El caracol
aqui termina. (*Entrando en la escena.*)
Elvira. Y aqui
le hemos de abrazar.
Maria. Asi
lo dijo ese hombre.
Elvira. El farol
se amortigua: intenso frio,
hiela mi sangre.... Gran Dios!
Quizá pisamos las dos
en su sepulcros ombrío! (*Suspira.*)
Maria!
Maria. Ay de mí!

Elvira. Lo vés,
sorda nos oye esa piedra.
Dulce y cariñosa yedra (*abrazándola.*)
que abrazas con interés
la triste abatida planta,
si aquí he de morir tambien,
caiga mi pálida sien
sobre tu leve garganta!
Maria. En qué consiste que aquí
solo en la muerte se piensa?
Elvira. En que esta atmósfera densa
es mortífera por sí!
Aqui la brisa no llega
sino con ala cansada,
y al sentirse emponzoñada
aqui su vuelo repliega.
Mas cielos! adonde estoy?
Como él se tarda en venir!
Jueces, yo debo morir. (*Gritando.*)
Veneto. (*ap.*) Si la oyesen por quien soy
me pierdo.
María. Qué intenta Elvira?
Elvira. Salvarle.
Maria. Y te pierde á tí?
Elvira. Castigo yo merecí
y él por mi causa suspira.
Justicia!
Veneto. (*adelantándose.*) Sí: se os hará.
Elvira. Quién!
Maria. Yo tiemblo.
Veneto. Temor vano.
Elvira. Mi esposo, mi Alonso Cano
es inocente. Aqui está
quien arrastre sus cadenas,
y sufra el potro cruel!
Tened piedad; no, no es él
quien merece tantas penas!
Veneto. Elvira.... sí.... yo os prometo.,...
Elvira. Su voz!.... Y sabe mi nombre!...
Junto á su tormento!.... Ese hombre
no, no es otro que Veneto.
Maria. Es familiar! Nos perdimos!
Veneto. Poca justicia me haceis.
Escuchadme y aun podreis
salvarle.
Elvira. Por él te oimos.
Veneto. Señora, no, no es tan malo
quien visteis en un encierro,
quien miró en su pecho un hierro,

y perdonó á D. Gonzalo.
Porque allí supe estimar
á un noble que defendió
dos damas á quienes vió,
lo confieso, atropellar.
Pero Alonso no obró así!
y antes mancilló la fama
de la mas honesta dama,
madre y todo para mí!

Elvira. No escitan tus imposturas
ya nuevamente mis celos.

Veneto. Señora, saben los cielos
ciertas son mis desventuras!
Deshonor por deshonor
quiero volverle, su muerte
será quien ha de vencerte.

Elvira. El vivo y yo sin honor!

Veneto. Me bastará la apariencia....

Elvira. Y á él tambien para morir,
pues lo que le hace vivir
no es Elvira, es su inocencia.

María. Por esa hermana tampoco
perdonarias?

Veneto. Sí, sí.
Por ella vertiera aquí
mi sangre, y aun fuera poco!
Pero una voz interior
hace un cargo á mi conciencia,
y me borra mi clemencia
con sangre de mi Leonor.
Vos que pudisteis salvarle
en la granja, veis que el cielo
favoreció mi desvelo
haciéndome pronto hallarle.
De entonces mas me imajino
que en ponermelo á mis ojos
Dios me grita, «en sus despojos
cumple un castigo divino.»
Perdonadme, y complacedme.

Elvira. En confesar mi deshonra!

Veneto. Chst; si pensais en su honra
la muerte está allí! Entendedme.

(*Se oye abrir la puerta de la izquierda. Veneto se adelanta al encuentro del relijioso, despues de haber hablado en voz baja con el carcelero, el cual acompaña á Alonso Cano hasta el banco y se retira: las damas observan desde un estremo sin ser vistas.*)

ESCENA QUINTA.

Los mismos y ALONSO CANO.

Carcelero. Quereis algo?
Cano. Mi conciencia
reconciliar un momento,
si es que da tregua el tormento
Veneto. (*ap.*) Venceré su resistencia! (*Se va.*)
Cano. Abandonado!
Maria. (*acercándose sosteniendo á Elvira.*) No temas.
Cano. Sin un amigo.
Elvira. (*abalanzándose.*) Son dos.
Cano. Ah!
Elvira. Del amor y de Dios,
Alonso Cano, blasfemas.
(*Se estrechan, formando un grupo arrodilladas á su lado.*)
Cano. Qué? no es sueño el que fascina
mis ojos? Maria! Esposa!
Ah! mi muerte será hermosa
pues entre ánjeles camina!

ESCENA SESTA.

ELVIRA, MARIA *y* ALONSO CANO.

Elvira. Tu vivirás por nuestro amor.
Maria. Oh Padre!
Sí, sí, por nuestro amor.
Elvira. Levanta augusta
la jenerosa frente, y que la mia
solo culpada por el polvo se hunda!
Apóyate, señor, ahora en mi pecho
tu pobre y triste corazon escuda.
Mi lloro ardiente quemará tus hierros.
Sientes dolor?
Cano. No, ahora son de pluma.
Elvira. Yo fuerzas te daré.
Cano. Prendas queridas!
Maria. Por vos se inmola.
Cano. Su deber la ofusca.
Mi perdicion es cierta: esposa amada,
no hagas, por Dios, tu perdicion segura!
Yo exijo que esas lágrimas consuelen
mi pobre cuerpo en su olvidada tumba!
Maria. Tened piedad.
Cano. Es cierto; y, pues se acerca
la hora fatal de mi sentencia injusta,
atiende y de un arcano tenebroso

la funeral revelacion escucha!
Tres lustros han corrido, y aun el peso
de estas memorias con dolor me abruma
Oye, Maria. De tu triste madre
es la historia fatal, tambien la tuya!

Maria. De mi madre? Dejad, dejad, que os oiga
de rodillas, señor.

Cano. Oh! sin ventura
madre infelice.

Maria. Sí; madre infelice,
si esta que yo heredé fué su fortuna!

Cano. Pobre Leonor! Para su mal dotada
de tan perfecta y cándida hermosnra,
en el abril de sus floridos años
hallóse esclava de pasion profunda:
pasion terrible que turbó su calma;
que su frente manchó pálida y mústia,
profanando el sublime santuario
de su inocencia inmaculada y pura!

Elvira. Su inocencia!

Cano. Debió ser devorante
el fuego de su amor, grande sin duda
la persuasion horrible del pecado,
puesto que el ánjel sucumbió en la lucha.
Y yo que la adoraba desdeñado,
y llorando celoso mi amargura
á sus rejas velaba, yo, el secreto
adiviné de su pasion oculta.

Maria. Qué decis?

Cano. No fui yo quien encubriendo
cobarde el rostro, con traidora astucia
y usurpando derechos infernales,
lanzó al querub de su celeste altura.

Elvira. Perdon, perdon. De mis funestos celos
las sospechas frenéticas escusa,
y escusa mi rigor.

Maria. Y ya no puedo
llamarte padre ni esperarlo nunca!

Cano. Es verdad! ¡Este instante para siempre
los lazos de tu afecto desanuda. (*Con dolor.*)

Maria. No, jamás!

Elvira. Dice bien: por qué inhumano,
por qué el tormento de su amor calumnia?
(*Al verla llorar, les une Elvira las manos.*)

Maria. Acabad.

Elvira. Sí, acabad.

Cano. Por muchas noches
llegué á notar con estrañeza suma
solitario el umbral, y la esperanza

volvió á calmar mi inconsolable angustia.
Mas una en que los cielos irritados
en tempestad horrísona y confusa
con la voz de su cólera zumbaban,
furioso el huracan, recia la lluvia,
al saludar las rejas de mi amada,
siempre al acento de mis ayes duras,
una voz escuché que me llamaba
trémula y suplicante..... era la suya.
Aquella puerta misteriosa abrieron,
seguí los pasos de la sombra muda
de mi Leonor, toqué su mano yerta.....

Maria. Ah! tan lento martirio no hay quien sufra!
Pronto, acabad.

Cano. Dejándome un instante
solo y perdido en su mansion á oscuras,
la ví luego volver; pero en qué estado!
secos sus ojos, la color difunta!
A la luz de una lámpara, que pudo
con sijilo traer, la ví confusa
á un rincon de la alcoba abalanzarse;
su amor estaba allí, y alli tu cuna.

Maria. Ah!

Cano. «Triste Alonso Cano! (La infelice
avergonzada murmuró.) «Si busca
«vuestro amor otro amor, trocadle os ruego
«por esta pobre niña sin fortuna!
«Yo que desvanecida y halagada
«de una pasion, en crímenes fecunda,
«vuestro ruego esquivé, yo os llamo ahora
«en el trance fatal de la amargura.
«El alma os doy. Mirad, mirad qué hermosa,
«qué niña y qué inocente! Si circula
«por vuestras venas sangre jenerosa
«no de los hados el rigor se cumpla!»
Entonces confiandome esta carta,
que solo de mi vida en la hora última
te debia entregar, volvió á guiarme.....

Elvira. Y asi la abandonó?

Cano. Qué mal la culpas!
Mil veces y otras mil la desdichada
te bañó con su llanto moribunda:
un tósigo fatal la consumia,
lentamente murió de sus resultas!

Maria. Un suicidio!

Cano. No: sus nobles deudos,
cediendo del honor á la ley dura,
creyeron se ocultaba la deshonra
ocultando la víctima en la tumba.

Ahora bien; sentenciad si mi secreto
debí venderlo á tus amores?

Elvira. Nunca!

Cano. Era esponer á esta inocente niña,
á quien con ansia sus parientes buscan,
á esa muerte que dieron á su madre.

Maria. Bárbaros!

Cano. Crímen que el honor no escusa.
Dejarla sin un nombre que aunque pobre
su nacimiento honrase, y de su cuna
la hiciera avergonzar, me hizo adoptarla,
y el mio dí en herencia á tu hermosura.

Maria. Padre, mil veces sí, tú eres mi padre.

Cano. Ya tú consientes su filial angustia?

Elvira. Y me avergüenzo del dolor que os daba,
tu nobleza insultando y su ternura!

Cano. Si, yo ocultaba á tus celosas iras
este remedio que su suerte escuda,
porque de tu pasion la ardiente llama
con locos celos tu razon ofusca,
y al verla con mi nombre la culparas
de fruto infame de pasion espurea,
y á perecer quizá la condenáras.

Elvira. Es verdad. Deja, sí, que me confunda!
pues crédito á tu historia solo diera
en situacion tan lúgubre y augusta!
Mas concluye.

Maria. Sí, sí.

Cano. Cuando del cuarto
á la calle salí, traidora turba
de armada jente que guardaba el paso
cerró conmigo con estraña furia.
Uno mas que los otros atrevido
lanzóse á mí, mas le alcancé una punta,
y pronunciando con pavor mi nombre
soltó la espada y apeló á la fuga.

Maria. Mas, y mi padre?

Cano. Has leido?

María. Yo no puedo
que mis ojos las lágrimas enturbian.

Elvira. Ven, yo la leeré.

Maria. (*leyendo con ansia.*) Gran Dios, qué miro!
Es sueño! sígueme, tu llanto enjuga.
(*Quiere salir precipitadamente.*)

Elvira. Abandonarle!

Maria. Por salvar sus dias
quizá.....

Elvira. Dejarle solo aqui me asusta!

Maria. Ven, tu me guiarás.

Cano. Síguela, esposa.
Elvira. Mas si mi suerte tus intentos burla,
vendré á morir con él.
Maria. Nada alcanzáras.
Elvira. Ay! si asi fuese partiré su tumba.

Maria la arranca del lado de Alonso, y se las ve subir con precipitacion, y en lo alto de la torre á Garcés que las acompaña. Cano las observa con inquietud, volviéndose á sentar resignado; Veneto sale con lento paso y al verle solo se adelanta con ajitacion.)

ESCENA SETIMA.

ALONSO CANO *y* VENETO.

Veneto. (*ap.*) Si vencere! Mas qué miro?
Cano. Quién destruye mi ilusion?
Veneto. Huyeron!
Cano. Sí, del alcon
no está la paloma á tiro.
Veneto. Ah! me engañé, pues crei
que quien tal te amó jamás
te abandonára.
Cano. Quizás
se fué por salvarme.
Veneto. A tí!
No, de esos jueces sangrientos
las víctimas nunca huyeran,
ni menos tú á quien esperan
la agonía y los tormentos.
Cano. Quién eres tú que asi gozas
en anunciarme la muerte?
Y si te alegra mi suerte,
por qué tu triunfo rebozas?
Cuándo á Elvira conociste?
Qué te importa nuestro amor?
Por qué con tanto dolor
su estraña fuga sentiste?
Habla, que horrible sospecha
me hiela el alma.
Veneto. En efeto, (*Se quita la máscara.*)
sospechas bien.
Cano. Ah! Veneto!
Tu infamia aun mi honor acecha!
Huye, porque he prometido
no guardar rencor al hombre.
Mas si oigo otra vez tu nombre,
no moriré arrepentido.
Veneto. Guarda tu arrepentimiento

para otro crímen mayor.
Recuerda aquel deshonor
y su triste fin sangriento!

Cano. No te comprendo.

Veneto. Quizás
mis razones sin aliño....
Mas aunque yo era algo niño
tu me reconocerás.
Vés la mancha de su honor
(*Acercándose para que le examine.*)
sobre mi frente esculpida;
no ves la sangre vertida
de aquella infeliz Leonor?

Cano. Sí, sí, Colonna. Ya sé.... (*Reconociéndole.*)
Tú eres su hermano?

Veneto. Sí. En breve
de tu corazon aleve
la confesion arranqué!
Juzgásteme en tu desprecio
tan vil como viles son
los que á infame delacion
señalan infame precio!
Oh, no! que no hay tal pureza
ni tan limpio resplandor
cual mi nobleza y mi honor.

Cano. No hables de honor ni nobleza,
tú, que haciendo infame alarde
de una traidora esperanza
para alcanzar tu venganza
la buscas como un cobarde.
Y eres noble, vive Dios!
tú, que en tus furores loco
juzgando una afrenta poco
quieres mancharte con dos?
No hagas que el furor me venza;
hablas de honor, cosa rara!
y no asoman á tu cara
las tintas de la vergüenza!

Veneto. No: porque con falso amor
como traidora serpiente
me arrastré villanamente
en acecho de tu honor.
Mas solamente quería
vengar mi hermana, y que sienta
tu pecho al llorar su afrenta
cuanto yo lloré la mia!

Cano. Pudiste en mi corazon
tomar venganza.

Veneto. Lo sé,

Alonso, y no te maté
por matarte en la opinion:
porque la vida no es nada
al que como tú, valiente,
la arriesga continuamente
á los filos de otra espada,
De espía y de familiar
compré la plaza con oro,
que así juzgué á tu decoro
mas facilmente atentar!
Mas fué mi solicitud
estéril, por tu ventura,
que es su virtud alta y pura.

Cano. Tú comprendes la virtud?

Veneto. Al menos la comprendía
antes que llegase á ver
que hay quien pierda una mujer
con tan atroz villanía!

Cano. Colonna, tu enojo ciego
te ofusca; pues yo no fuí.

Veneto. Tú heriste á mi padre?

Cano. Sí;
ese fui yo, no lo niego,
defendiéndome....

Veneto. Y fué azar
hallarte allí?

Cano. Por mi gloria
que no.

Veneto. Pues cómo....

Cano. Esa historia
es muy larga de contar!

Veneto. Comprendo: pena y rubor
te causa tan ruin esceso
y confesarlo.....

Cano. No es eso!

Veneto. O es que aun temes mi rencor?

Cano. Mi suerte está decidida:
y aunque agravarla quisieras,
respóndeme, qué pudieras
quitarme mas que la vida?

Veneto. Es verdad! Mas dí, quien fué
de mi honra el matador?

Cano. Juré ocultarlo á Leonor;
y cumplir lo que juré!

Veneto. No faltes á tu honra, nó!
Mas, cómo en mi frenesí,
sin saberlo tú, de tí
supiera el misterio yo!

Cano. Remedio ninguno alcanza.

Veneto. Pues qué, mi rival no es hombre.
Cano. No alcanzas hasta él.
Veneto. Su nombre?
Cano. No llega hasta él la venganza.
Veneto. Con que he pasado mi edad
soñando en un imposible!
y para hacer mas sensible
mi estraña fatalidad
ni aun sabré quien me ofendia!
y por fin de mi castigo
asesinaré al amigo
que mi Leonor tenia!
Cano. Calla!
Veneto. La muerte por mí
te darán, aunque al tormento
resistas: tu fin sangriento
con oro lo conseguí!
Cano. Infeliz!
Veneto. E infame, é ingrato!
Para un vil nunca hay perdon.
Cano. Colonna, mi corazon
ve disculpa en tu arrebato:
porque tú amaste á Leonor.
Veneto. Fué adoracion mi cariño!
Por ser yo entonces un niño
la perdieron!
Cano. Sí, tu honor
y tu hidalguia en vengarla
fué lo que guió tu mano,
á no verla honrada Cano
no se atreviera á estrecharla.
(*Procurando consolarle le da la mano.*)
Solo por su nombre amado
santa tu venganza hallaste:
solo porque la estimaste
sientes no haberla vengado!
Siendo tu pasion tan fuerte
que, lo advierto con rubor,
aun mas que su deshonor
habrás llorado su muerte.
Veneto. Tú adivinas el secreto
de un corazon destrozado.
(*Aparece en la poterna de la izquierda el carcelero y un familiar.*)
Carcelero. Al tormento.
Veneto. Qué he escuchado!
Cano. yo te perdono, Veneto....
Pudieras la hora fatal
suspender?

Veneto. No, suerte airada.
Para hacer bien no soy nada,
y fuí tanto para el mal!
Mas te seguiré á morir.
Cano. Jamás lo permita Dios,
uno al menos de los dos
debe por ella vivir.
Veneto. Por quién? Mi esperanza vana
dejas que al morir se encienda?
Cano. Sí, yo te guardo una prenda
de vida.
Veneto. Tú? De mi hermana?
Quién?
Cano. Maria.
Veneto. Alma sencilla!
ese ánjel? Es realidad?
Cano. Nadie oculta la verdad
de su sepulcro en la orilla!
Carcelero. Vamos.
Veneto. (*á el carcelero.*) Espera. (*á Cano.*) El secreto
ella sabrá?
Cano. Es de su madre!
Queréis que os diga su padre
para matarle, Veneto?
Veneto. No; mi corazon leal
su cariño al fin le venza;
yo sufriré mi vergüenza,
por no hacerla criminal!
Cano. Cobró la virtud su imperio.
Veneto. Y todo os lo debo á vos!
Cano. Dejad en manos de Dios
de honra y venganza el misterio.
Familiar. Ya el tribunal os advierte....
Veneto. Tan pronto!
Cano. (*Adelantándose ácia la poterna, y dirijiendo una mirada de despedida á Veneto que permanece confundido, hablandole en voz baja.*)
Por ella, aliento!
Adios, Colonna. (*al familiar.*) Al tormento!
Veneto. Y despues irá á la muerte!
(*Cano entra en el aposento, el familiar le sigue y la poterna se cierra. El carcelero ha permanecido en la escena á una seña de Veneto. Todo el diálogo que sigue ha de ser rapidísimo, y Veneto manifestará en él el mayor interés y exaltacion.*)

ESCENA OCTAVA.

VENETO *y el* CARCELERO.

Veneto. Tú eres honrado. Tu pecho
no es de bronce. Salva pues
á ese inocente! Sí: lo es!
Yo le perdí.
Carcelero. Miren que hecho.
Veneto. Su honra, mi nombre y nobleza,
me forjaron un deber.....
Carcelero. Vengarse es noble? A mi ver
el perdonar no es bajeza!
Veneto. Tu sarcasmo es mi castigo,
mi crímen á tí me iguala!
Carcelero. Poco á poco; hay mucha escala
á compararos conmigo.
Un rufian, un carcelero
que no escatima un favor
bien vale un inquisidor
asesino y embnstero!
Veneto. Ah! sufro esta espiacion!
Haz que mi arrepentimiento
sea útil; por mi tormento
cedeme su salvacion!
Mi inmensa riqueza sabes.
Tuya es desde ahora.
Carcelero. No, no;
pudiera prestarlas yo,
pero no vender mis llaves.
Veneto. Tambien conoces mi furia
(*Desenvainando una daga.*)
y por librarle....
Carcelero. A lo menos
(*Toca un silbato y aparecen los llaveros.*)
los ánimos eran buenos.
Veneto. Ah! (*Reprimiendose.*)
Carcelero. Presenciarán mi injuria!
Esperadme junto al Cristo. (*á los llaveros.*)
Veneto. Reconozco mi impotencia:
clemencia, á tus pies, clemencia.
Carcelero. Tus lágrimas no resisto.
A los pies de un carcelero,
se arrastra un inquisidor;
ve lo que ensalza el honor
y humilla el crímen. Qué espero!

dispon, ordena, las puertas
á sus pasos verás francas
Veneto. Ah! del corazon arrancas
un sudario Estén alertas
tus llaveros á la entrada
de esa bóveda escondida.
Yo pondré en salvo su vida
ó moriré en la jornada.
(*El carcelero sube por la escalera del torreon.*)

ESCENA NOVENA.

Veneto, Alonso Cano sostenido por un familiar y el confesor: otro de los familiares cruza por medio de la escena y desaparece tambien por la escalera de la torre. Veneto se acerca con emocion y sostiene á Alonso en vez del familiar que le acompañaba, el cual se acerca á la poterna de la derecha. Esta se abre y deja ver un aposento enlutado con una calavera enmedio y el rotulo, «eternidad.»

Inquisid. (*á Veneto.*) Aunque al tormento prolijo
no confesó, ha de espirar.
Relijioso. Tu refujio es tu Dios, hijo (*Le da un Cristo.*)
Cano. Venid, santo crucifijo,
mi pecho á purificar.
Pero, ah! Quién os injurió?
Qué torpe mano manchó
vuestra inmensidad gloriosa?
No es esa la faz hermosa
del rey de los reyes, no!
Cual mi Dios os afrentaron,
pues tal os desmerecieron!
ojos ciegos os trazaron,
ó acaso se deslumbraron
del sol que en vos conocieron!
Jesus mio, ánjel de luz,
portento en la maravilla,
no veo en vos mi saluz!
(*Alarga el cristo al confesor.*)
Denme tan solo una cruz,
que hoy vuestra faz se mancilla.
Inquisid. Profano!
Cano. Mas bien seré
adorador ciego, intenso,
del que idolatro por fé.

Dios sublime á quien soñé
bello, omnipotente, inmenso!
(*El relijioso le da una cruz sencilla.*)
Vos sobrais, santo madero
cuya pobre cruz tiñó
sangre del blanco cordero:
en vos, sí, con fé venero
el Dios grande que amo yo!

Inquisid. Han llamado los sayones?... (*á un familiar.*)

Veneto. Alonso, aun puedes huir;
Por Dios, que aqui me abandones,
por esas hondas prisiones
puedes al campo salir.
Yo defenderé la puerta
mientras quede aliento en mí.

Cano. Ah! tu heroismo dispierta.
ya es tarde. Adios, mira abierta
mi honda sepultura allí.

Veneto. Mi cuerpo la llenará.

Cano. Sacrificarte!

Veneto. Lijero
escapa; con este acero,
defiéndete.

Cano. No, no quiero,
pues tu sangre costará.

Veneto. Por aqui.

Cano. Mil veces no,
que si la vida te pesa,
no he de arrancartela yo:
harto voraz es la huesa
que ese tribunal abrió.

Veneto. Llámale afrenta y baldon
de las leyes.

Inquisid. Qué esperamos?
Ya se adelanta el sayon.

Cano. Adios.

Veneto. Pues, juntos muramos.

Cano. Virjen piadosa!

Voces afuera. Perdon,

Inquisid. Jente armada! antes su ruina.

Veneto. Salvarle al cielo le plugo!

Inquisid. Muera él tambien si se obstina!
La ley se haga.

(*Se adelantan algunos inquisidores y Veneto los detiene sacando la espada.*)

Veneto. Atrás!

Vano. Verdugo!
La ley salva y no asesina!

(*Al ir á entrarle en el aposento de muerte, aparecen en lo*

alto de la escalera, Elvira y Maria que bajan presurosas seguidas de algunos guardias y del carcelero con hachones encendidos. Alonso Cano cae arrodillado, Ceneto se le presenta á Elvira y á Maria, que le estrechan tiernamente,

ESCENA DECIMA.

Maria, Elvira, Veneto, Alonso Cano, el Inquisidor y el relijioso, los familiares se agrupan á un lado, los soldados forman un pequeño circulo alrededor de Alonso Cano; el cual vuelve á estrechar á Veneto en sus brazos. Este estiende su mano al carcelero con interés. Elvira entrega el pliego al inquisidor.

Cano. Piedad de Dios sacrosanta,
abrazadle. (*Señalando á Veneto.*)
Elvira. Alonso.
Maria. Padre!
Veneto. (*inclinándose.*) Por qué mi sien no quebrauta
vuestra jenerosa planta?
Cano. (*á Maria.*) Al hermano de tu madre
debeis la entrada.
Elvira. Ah! señor!
Maria. Yo os prometo un tierno amor.
Elvira. Y yo os quiero perdonar,
pues tanto hicisteis brillar
la pureza de mi honor!
Inquisid. Perdon!.... Su ley justiciera
cumple siempre el santo oficio.
El fuego alimento espera.
Elvira. Que abrase entonces la hoguera
las cuerdas de su suplicio.
Maria. Paso del rey al privado!
(*Los familiares se retiran mostrando ceder á la fuerza. Los soldados forman una hilera por medio de la cual atraviesan á su tiempo Cano, Elvira, Maria y Veneto.*
Inquisid. (*ap.*) Es cierto.
María. (*ap. á Cano.*) Hija me llamó
el Rey: me espera á su lado!
Cano. Por qué entonces me has salvado
si con él te vuelves?
Maria. No.
No es mi padre quien perdida,
vió á mi madre con desdén
y mi horfandad desvalída!
Padre, ánjel, Dios en la vida

es quien nos quiere tan bien. (*Le abraza.*)

Elvira. Tuyo es el triunfo; el honor
es la virtud quien le alcanza.

Cano. Pues los convierte en amor,
justo es fiar al señor
misterios de honra y venganza!

(*Atraviesan por entre los guardias, seguidos del carcelero.*)

FIN DEL DRAMA.